

Universidad Andina Simón Bolívar

Tesis de Maestría en Estudios de la Cultura (mención en Comunicación)

Ciudad real y ciudad imaginada: la narrativa social del miedo en Quito

Gustavo Abad

Quito, 31 de octubre de 2003

Al presentar esta tesis como uno de los requisitos previos para la obtención del grado de magíster de la Universidad Andina Simón Bolívar, autorizo al centro de información o a la biblioteca de la universidad para que haga de esta tesis un documento disponible para su lectura según las normas de la universidad.

Estoy de acuerdo en que se realice cualquier copia de esta tesis dentro de las regulaciones de la universidad, siempre y cuando esta reproducción no suponga una ganancia económica potencial.

Sin perjuicio de ejercer mi derecho de autor, autorizo a la Universidad Andina Simón Bolívar la publicación de esta tesis, o de parte de ella, por una sola vez dentro de los treinta meses después de su aprobación.

Gustavo Abad

31 de octubre de 2003

Universidad Andina Simón Bolívar

Tesis de Maestría en Estudios de la Cultura (mención en Comunicación)

Ciudad real y ciudad imaginada: la narrativa social del miedo en Quito

Gustavo Abad

Tutor: José Laso

Quito, 31 de octubre de 2003

A Nadesha, cuya existencia hace feliz la mía, y a nuestras hijas: Isabela,
que está con nosotros, y su hermanita que pronto nacerá

AGRADECIMIENTOS

Mi gratitud para quienes me acompañaron en este año de estudios y han pasado a formar parte de mi vida y mis afectos: Isabel, Cristian, Ana, Gladis, María Fernanda, Edison, María Augusta, Pilar, Sandra, Raúl, Alvaro, Gardenia, Yolanda, Ramiro, Marissa, Ricardo, Miriam, Luis, Zuleika, Ivonne. Gracias a todos por acoger mis ideas y mejorarlas generosamente.

Gracias de todo corazón a Pepe Laso por dirigir este trabajo y ofrecerme su guía académica y su amistad personal.

Finalmente, gracias a la Universidad Andina Simón Bolívar, por su apoyo económico que hizo posible mi dedicación a tiempo completo a los estudios y a la investigación.

INDICE GENERAL

RESUMEN	1
INTRODUCCIÓN	3
CAPITULO 1	
Ciudad real y ciudad imaginada	7
1.1. Son muchos los Quitos que caben en Quito (pre-texto para entrar en el tema)	7
1.2. El gran relato de la inseguridad (quiénes narran la ciudad y sus miedos)	13
1.2.1. El monopolio de la violencia (para una comprensión del discurso oficial)	15
1.2.2. El peligro está en todas partes (la moraleja del discurso mediático)	19
1.2.3. La ciudad como escenario de sufrimiento (los microrrelatos de miedo)	23
CAPITULO 2	
La representación monstruosa del <i>otro</i>	28
2.1. El lugar de los <i>monstruos</i>	28
2.2. El orden y la paz en peligro	31
2.3. Cuando los <i>monstruos</i> rompen la cerca	36
2.4. Una <i>víctima sacrificial</i> para restaurar el orden	40
2.5. El imperio de la mirada, la vigilancia y el castigo	44

CAPITULO 3	
La crisis del Estado social y la imposición de modelos disciplinarios	47
3.1. La violencia social o estado de violencia	47
3.2 De la utopía de la equidad a la <i>pastoral de seguridad</i> (la <i>marcha de las camisetas blancas</i>)	52
3.3. Quito, una ciudad panóptica (el sistema <i>Ojos de águila</i>)	61
CAPITULO 4	
Violencia y prácticas sociales	66
4.1. Estrategias para habitar la ciudad	66
4.2. Una crisis de sentidos	73
4.3. En busca de la ciudad perdida	74
CONCLUSIONES	79
1. La dimensión política de la violencia	79
2. El bien contra el mal, la ceguera del lugar común	81
BIBLIOGRAFÍA	83

RESUMEN

Esta tesis se refiere a la manera cómo el aumento de la delincuencia y la inseguridad en Quito provoca en los habitantes una serie de respuestas y actitudes basadas en el miedo. Explora en los hechos y en los discursos para entender la construcción de esa forma conflictiva de relación social inspirada en la desconfianza y el temor al *otro*. En suma, el miedo como elemento decisivo a la hora de asumir estrategias para habitar la ciudad.

Se compone de cuatro capítulos, cada uno elaborado de manera independiente de los demás, pero vinculados entre sí por el tema y por la estructura. En todos iniciamos con la exposición de las categorías de análisis que dan sentido al capítulo para luego ponerlas en diálogo con los hechos ocurridos en la ciudad, y terminar con un enunciado que propone una manera de comprender el problema.

En el primer capítulo, denominado *Ciudad real y ciudad imaginada*, iniciamos con una crónica descriptiva de Quito como espacio de existencia y comunicación. A continuación, planteamos las principales narrativas -oficial, mediática y cotidiana- sobre la inseguridad, y la manera cómo se juntan la realidad externa y su representación simbólica en la construcción del miedo.

En el segundo capítulo, titulado *La representación monstruosa del otro*, damos cuenta de la manera cómo el poder coloca los conceptos de orden y de paz como sus principales fundamentos y procura eliminar todo lo que se considera peligroso. Acudimos a conceptos de la mitología, según los cuales la delincuencia y la marginalidad adquieren características monstruosas por estar fuera del orden.

En el tercer capítulo, bajo el nombre *La crisis del Estado social y la imposición de modelos disciplinarios*, abordamos los conceptos de violencia social o estado de violencia, que nos ayudan a entender los orígenes de este fenómeno más allá de la lucha de clases o de la confrontación entre *buenos* y *malos*. Vemos la mutación de los horizontes políticos, desde la utopía de la justicia social en años anteriores, a la utopía de la seguridad en la actualidad.

En el cuarto capítulo, llamado *Violencia y prácticas sociales*, nos referimos a la manera cómo la percepción de inseguridad provoca una ruptura entre los habitantes y su entorno. Aquí, los diferentes sujetos sociales ponen en juego sus respectivos capitales, que entran en conflicto con los de otros. Se produce entonces una crisis de sentidos, y es en esa atmósfera ambigua y angustiosa, donde las personas ponen en práctica sus estrategias de sobrevivencia.

Finalmente, en la parte correspondiente a las conclusiones, proponemos volver la mirada hacia dos aspectos claves para explicarnos el miedo en las urbes contemporáneas: 1) Reconocer la dimensión política de la violencia, y 2) Desmontar el esquema de organización maniqueísta del mundo basado en el lugar común de la lucha del bien contra el mal.

INTRODUCCIÓN

En lo personal, esta tesis es el resultado de una suma de estados emocionales, estímulos sociales y exploraciones intelectuales a los que he procurado organizar hasta lograr un sentido, o lo que es lo mismo, encontrar una narrativa apropiada para dar cuenta de un estado de cosas en las que me considero envuelto y me siento partícipe como habitante de una ciudad como Quito, que un día indeterminado pero no muy lejano despertó sumida en una sensación de miedo por el aumento de la delincuencia y la inseguridad.

Mi primer acercamiento al tema nació con la lectura, hace un par de años, de *La virgen de los sicarios*, ese maravilloso canto de amor y perdición, del colombiano Fernando Vallejo, donde aparece la ciudad de Medellín retratada como el espacio negado para la existencia¹. Un temblor emocional que me condujo a pensar en el significado de habitar una ciudad donde prevalece la incertidumbre ya sea por las condiciones externas de violencia como por los relatos que de esa situación se han hecho. El enigma que resuelve la novela de Vallejo no es la mecánica del crimen sino la fusión entre la realidad empírica y su representación simbólica: “*Ya no nos queda ni un solo oasis de paz. Dicen que atracan los bautizos, las bodas, los velorios, los entierros. Que matan en plena misa o llegando al cementerio a los que van vivos acompañando al muerto. Que si se cae un avión saquean los cadáveres. Que si te atropella un carro manos caritativas te sacan la billetera mientras te hacen el favor de subirte a un taxi*”.

Tenemos allí un entramado de voces, cada una con sus aciertos y equívocos, con virtudes y perversiones, que unas veces afianzan y otras socavan su autoridad. Por

¹ Vallejo, Fernando. *La virgen de los sicarios*, Alfaguara, Bogotá, 1998

ejemplo, la académica: *“Dicen los sociólogos que los sicarios le piden a la virgen María Auxiliadora que no les vaya a fallar, que les afine la puntería cuando disparen y que les salga bien el negocio ¿Y cómo lo supieron? ¿Acaso son Dostoievsky o Dios padre para meterse en la mente de otros? ¡No sabe uno lo que uno está pensando, va a saber lo que piensan los demás!”*; o la del periodismo: *“Cuando cayó el muchacho, el hombre se le fue encima y lo remató a balazos. Por entre el carrerío detenido y el caos de bocinas y de gritos que siguió, se perdió el asesino. El ‘presunto’ asesino, como diría la prensa hablada y escrita, muy respetuosa ella de los derechos humanos”*; la de la calle: *“De los ladrones, amigo, es el reino de este mundo, y más allá no hay otro. Siguen polvo y gusanos. Así que a robar, y mejor en el gobierno que es más seguro, y el cielo es para los pendejos”*; y la del propio narrador: *“Me acerqué y tenía los ojos abiertos. No se los pude cerrar por más que quise: volvían a abrírsele como mirando sin mirar, en la eternidad. Me asomé un instante a esos ojos verdes y vi reflejada en ellos, allá en su fondo vacío, la inmensa, la sobrecogedora maldad de Dios”*

Ahora bien, no se sabe con certeza quién ha dado cuenta con mayor autoridad de la violencia en las ciudades latinoamericanas, si la narrativa de ficción o los ensayos académicos, si el periodismo o el cine, si el arte o la sabiduría popular. Lo cierto es que la ciudad se compone y se representa mediante todas esas narrativas. Susana Rotker toca uno de los aspectos fundamentales cuando dice que una manera de contar el miedo ante la violencia social es acercarse al espacio de las ciudades y tratar de leerlo como un texto, con personajes, repeticiones, omisiones, puntos y comas; un texto –dice ella– escrito con los cuerpos de sus habitantes². Lo que propone Rotker es la búsqueda de formas narrativas en las que el acto de narrar sirva como recurso cognitivo tan

² Rotker, Susana. *Ciudadanías del miedo*, Nueva Sociedad, Caracas, 2000

importante como el de argumentar, porque la mejor manera de conocer es contar. El periodista y escritor argentino Tomás Eloy Martínez se adhiere a esa propuesta y la refuerza con argumentos cuando sostiene que tenemos la necesidad de ponernos a pensar juntos y a narrar juntos, porque –según dice– lo que va a quedar de nosotros son nuestras historias y nuestros relatos³.

Ese llamado a narrar juntos implica, entre otras cosas, ir en busca de una síntesis temporal, algo así como la gran confluencia de un imaginario colectivo, en la tarea de describir, comprender e interpretar la violencia en nuestras ciudades. Dicho de otra manera, buscar un espesor histórico a todas estas narrativas: académicas, literarias, periodísticas, etc. Un espesor como el que en su momento lograron el realismo social, la vanguardia, el realismo mágico, y otras comunidades narrativas con las que se intentó representar la complejidad del mundo y auscultar los sentidos de la existencia.

En mi criterio, las narrativas sobre violencia urbana en América Latina están acercándose cada vez más al ojo del huracán, metiéndose en el remolino del *sinsentido* a buscar sentidos. Veamos si no esas inmersiones en la realidad urbana que nos ofrecen películas como *Estación central*, del brasileño Walter Salles; *Amores perros*, del mexicano Alejandro González; *La vendedora de rosas*, del colombiano Víctor Gaviria, *Ciudad de Dios*, del brasileño Fernando Meirelles, para citar las más difundidas; o novelas como *Rosario Tijeras*, del colombiano Jorge Franco; *Fetiche y fantoche*, del ecuatoriano Huilo Ruales; y por lo menos una veintena de obras del brasileño Rubem Fonseca, considerado el mayor exponente de lo sórdido en la literatura latinoamericana; a lo que se suma un largo índice de textos académicos en los que se reflexiona desde la

³ En entrevista con el periodista Jorge Halperin del diario *El Clarín*, Buenos Aires, 1998.

sociología, la comunicación, la antropología, los derechos humanos, etc., acerca de la violencia urbana contemporánea.

Pero el hecho que me impuso definitivamente la necesidad de iniciar esta investigación fue la *marcha de las camisetas blancas*, el 11 de diciembre de 2002, en Quito, cuando aproximadamente 40 mil personas salieron a las calles para exigir a las autoridades mayores garantías de seguridad y represión contra la delincuencia. Un nuevo temblor, provocado esta vez por dos sentimientos contrapuestos: el de haber sido personalmente víctima de la delincuencia y, pese a ello, resistirme a participar en esa manifestación por mi desconfianza hacia toda iniciativa que promueva la represión estatal como única solución a los problemas sociales. Cubrí la marcha como periodista, reflexiono sobre ella como investigador social, pero no la apruebo como ciudadano.

En esta tesis procuro juntar esos elementos en una forma de contar un espacio y un tiempo vigentes, una realidad que me involucra y nos involucra a todos. Propongo que se lea este trabajo como una ejercicio narrativo deudor de muchos y ojalá útil para otros.

CAPITULO 1.

Ciudad real y ciudad imaginada

“los paradigmas eran policías y civiles que, ennegrecido el rostro, y con overoles de lona gris, durante las noches rastreaban la victoria, toctiuco, la loma, san roque, la bahía, la plaza de santo domingo, la tuentifor. caían de los techos, subían de las alcantarillas, saltaban de largos camiones de guerra, y aprehendían a mendigos, borrachos, indios, putas, maricas, huérfanos, gente harapienta y ambulante...”

(Huilo Ruales)

1.1. Son muchos los Quitos que caben en Quito (pre-texto para entrar en el tema)

Quito es una ciudad de carácter ambiguo, o mejor dicho, es una larga suma de contradicciones: festiva y doliente al mismo tiempo, porque el gusto de los quiteños va de la farra a la procesión sin remordimientos; inocente como colada morada en Día de Difuntos y perversa como pastilla de *éxtasis* en fiesta *rave*; vieja como las iglesias coloniales del centro y nueva como las *catedrales* comerciales del norte; sagrada y profana como esa mezcla de eucaristía y *hip-hop* entre los templos y los puestos de discos *falsetas* de La Marín; segura, por los 1.000 policías que la vigilan, e insegura, por los 17.000 delitos que la aterrorizan anualmente⁴. O sea, esta es una ciudad que no sabe si complacerse o dolerse de sí misma.

Vista desde el aire, Quito es una mancha urbana que exagera de largo pero le falta de ancho: tiene 50 kilómetros de norte a sur y no más de cinco de este a oeste, lo cual le da el aspecto de una media de fútbol después de usar, arrimada a las laderas del Pichincha,

⁴ Estadísticas del Comando Distrital de Policía de Quito y de la Policía Judicial (PJ) de Pichincha hasta diciembre de 2002. La cifra exacta es de 17.020 delitos anuales y corresponde a la provincia pues no se ha hecho un corte específico para la capital. No obstante, la PJ recomienda usar esta cifra para Quito a fin de compensar el subregistro ocasionado por los delitos no denunciados.

el volcán que la protege y la amenaza a la vez. Vista desde el suelo, es un violento rumor de carros y transeúntes; un paisaje complicado de túneles, pasos a desnivel y calles angostas; un concierto de subidas y bajadas vigiladas por la mirada de acero de una horrible virgen alada, intento fallido de perennizar el arte quiteño sobre la loma del Panecillo, desde donde se puede mirar los tres Quitos que componen Quito: el norte moderno y prometedor, el centro bello e histórico, y el sur industrial y lejano. Todos interfiriéndose, suplantándose, mezclándose entre sí.

Un escritor de historias delirantes la bautizó como ciudad *trolépolis*⁵ en alusión al medio de transporte que la recorre de arriba a abajo, como el cierre de una gigantesca cremallera, en un perpetuo ir y venir de la vida de sus habitantes. El trolebús, además de un vehículo de transporte masivo, es una ilusión de doble vía: para los viejos es una reminiscencia de los antiguos tranvías que dominaron la ciudad hasta mediados del siglo XX, mientras para los jóvenes es la quimera de un metro inalcanzable. El *trole* es la ilusión de la modernidad sobre unas calles que son la metáfora de la tradición.

Por la mañana, la ciudad parece dar un gran bostezo con el despegue del primer avión a Guayaquil, despertador implacable de los vecinos del aeropuerto. Desde los barrios empinados, como los que están sobre la avenida Occidental, se ve una densa capa de *esmog* acumulada durante la noche sobre los sectores residenciales, como la González Suárez o El Batán. ¡Qué alivio...!, menos mal que la contaminación sólo afecta a los *aniñados*. ¡Vana ilusión...!, desde la González Suárez se mira la misma suciedad atmosférica sobre el Itchimbia; y los habitantes del Itchimbia la miran sobre el

⁵ Huilo Ruales Hualca es uno de los mejores cronistas del Quito marginal. Su obra *Fetiche y fantoche* (Edipuce, 1993) contiene una visión alucinada y poética de la ciudad, de sus personajes y de sus rincones más sórdidos.

Panecillo; y los de ahí creen que sólo en Turubamba el cielo es negro... Y todos, desde su territorio, se alegran ante el espejismo de que la contaminación es problema de otros.

En el parque La Carolina, los corredores despiden chorros de vapor por boca y narices al ritmo de su trote lento y monocorde. Arropados hasta la cabeza, con calentador y guantes, como púgiles antes de la pelea, son el testimonio visible de una ciudad donde los madrugadores del *fitness* hace tiempo que reemplazaron a los madrugadores de iglesia. Otros, más sedentarios, van adormilados en los buses o *malgeniados* en sus automóviles rumbo a sus trabajos. Los *buseros* castigan el oído con su arsenal de *tecnocumbias* y *narcocorridos* a todo volumen “...y si no le gusta bájese, ¿no ve que los demás sí quieren oír...?” Y el bus se va acelerando y parando en cada esquina como un animal desquiciado y sucio, contaminando la mañana con su negra chimenea.

En las intersecciones la pelea es brutal. Diez mil bocinazos, otras tantas mentadas de madre, cuatro policías y un tipo con corbata queriendo arreglar su infracción y librarse de la multa con su carné de asesor del Congreso. La esquizofrenia en su punto máximo por causa de una ciudad con superávit de carros, déficit de educación vial y el colmo de negligencia policial. Se dice que Quito está diseñada para automóviles y el peatón es una especie en extinción. Ciertamente: 1'400.000 habitantes divididos para 220.000 carros, resulta a un carro por cada seis habitantes⁶. La ciudad sufre de histeria automovilística.

La locura baja de tono conforme avanza la mañana: burócratas en sus escritorios, estudiantes en sus colegios, artistas en los parques, el sol en lo alto disipando el humo porque la verdad es que *nuai cielo comuel de quito*, como diría el mismo escritor de

⁶ Según cifras del Sexto Censo de Población y Quinto de Vivienda, Quito (la ciudad) tiene 1'399.378 habitantes, y 1'839.853 (el cantón, que incluye 33 parroquias rurales). La cifra de vehículos corresponde a al número registrado en la Jefatura Provincial de Tránsito en 2002.

historias corrosivas ante la contemplación de la cúpula celeste que recubre la capital cualquier día de verano, la mejor época del año, la de parapentes en Cruz Loma, la del viento que reseca los labios, la del sol que calcina el cráneo, y por eso la gente anda improvisando *estriptises* en media calle.

De una a dos de la tarde es la hora pico en el *trole*. El aparatejo, que pesa más de lo que carga, se llena y se vacía de gente en cada parada. En el centro histórico se queda la mayoría porque ahí está el resumen de la ciudad en cuanto a bienes y servicios. Este sector tradicional acaba de liberarse de cerca de 5.000 vendedores informales, que durante más de 30 años lo recubrieron con plásticos y destruyeron con clavos las paredes de los monumentos históricos. Ahora todos ocupan locales comerciales contruidos en antiguos parqueaderos, las calles están despejadas, las iglesias abiertas y las casas antiguas en reparación. Para unos, la ciudad ganó al mejorar su ornato y su seguridad; otros en cambio lamentan el fin de una época colorida y caótica.

A simple vista, el centro histórico parece tranquilo. En la Casa de Gobierno no hay señales de inquietud, aunque por si acaso un carro antimotines monta guardia frente a los balcones de Carondelet y un escuadrón de la Policía montada se pasea por la Plaza Grande haciendo sonar las herraduras de sus caballos. Es que en el poder está un ex coronel que, años antes de ser presidente, participó en una revuelta civil y militar que derrocó a un gobierno y lo catapultó a la carrera política. Por eso ahora es partidario de todas las medidas de seguridad para defender su mandato.

A media tarde cae un aguacero bíblico sobre la zona más vieja y hermosa de la ciudad. En menos de un minuto las calles se quedan desiertas. Los transeúntes se refugian bajo

los soportales del Municipio y de la Catedral. En los de Carondelet nadie puede refugiarse porque los granaderos de Tarqui, que resguardan el poder, bloquean con cadenas las entradas laterales. El cielo se parte en dos pese a estar en pleno verano. La lluvia rebota con fuerza en la piedra antigua de las iglesias y en los adoquines de las plazas. Desde las covachas bajo el atrio de la Catedral se ve una ciudad abandonada a la fuerza del temporal. Nuestro escritor de historias alucinantes diría que la ciudad está a punto de zambullirse y desaparecer, como en sus olvidadas leyendas de la *tuentifor*.

Pero no, la ciudad no desaparece. Media hora de azote divino la dejan renovada. El cielo ahora está limpio; las escasas nubes dejan pasar una luz amarillenta, como si se colara por un vitral. Los caballos de la Policía resoplan buscando forraje donde sólo hay asfalto. El conductor del carro antimotines abre la torreta, asoma la cabeza para comprobar que la lluvia ha cesado y, en gesto de extrema pereza, vuelve a dormir en el vientre del monstruo blindado. Las calles se llenan nuevamente de gente apurada. Desde las cúpulas de la Catedral alzan el vuelo las palomas.

Comienza a anochecer. El *trole* llega zumbando desde el sur a la parada de Santo Domingo, frente a la estatua de Sucre, a cuyas espaldas está la iglesia de torre truncada, donde hace una década los indios le recordaron al país que también existen. El *trole* parte hacia el norte con un nuevo zumbido...parada Hermano Miguel, Banco Central, *Modas Carlita*...sube gente y baja gente...Consejo Provincial, *Librería Española*...el Pichincha desaparece en la oscuridad....parada Colón. Aquí comienza La Mariscal, una antigua zona residencial de casas señoriales e inocencia perdida ⁷.

⁷ En su libro *La Mariscal, la inocencia perdida* (Edimpres, 1998), Francisco, el *Pájaro*, Febres Cordero hace un delicioso recuento histórico de este sector de la capital desde su condición de suburbio de la vieja ciudad hasta la de centro de la bohemia y la inseguridad en la actualidad.

El *Papayanet* es la versión quiteña de la Babel moderna, porque a esa esquina de la Calama y Juan León Mera confluyen todas las lenguas y todos los oficios: montañistas alemanes, camioneros australianos, artesanos colombianos, viajeros irlandeses, ecologistas suizos, en fin. La Policía lo sabe, y por eso, antes que nadie pueda advertirlo, ahí está un piquete del GOE (Grupo de Operaciones Especiales), justo en la Babel quiteña en busca de indocumentados y de droga. Los extranjeros no entienden de qué se trata la batida; muchos no hablan español y es raro el policía que hable inglés.

Una nube de camarógrafos acompaña a los agentes del orden cuando saltan de bar en bar en busca de algo ilegal. Van al *Sutra*, no encuentran nada; al *Pizzanet* y sacan a un suizo que olvidó su pasaporte; suben al *Zócalo* y nada; entran al *No-bar* y detienen a un jamaquino ebrio; irrumpen, diez cuadras más allá, en la sala de cine *Ocho y medio* y paralizan la función porque confunden la película *Infidelidades* con una cinta pornográfica. Las cámaras filman y filman. La redada termina a las once de la noche. Más de 20 detenidos pasarán la noche en el CDP (Centro de Detención Provisional) y 300 gramos de marihuana serán incinerados ante los reporteros como prueba de la labor policial.

Se van los *Goes* y un aceleradísimo *hip-hop* irrumpe desde la *compactera* de los autos que circulan por el sector. “*Bienechito...*”, dice un taxista que pasa por la Reina Victoria y Cordero celebrando la redada... “*bienechito –repite- porque esta zona se está poniendo terrible...terrible...*”

Entonces ¿qué clase de ciudad es esta? Hay muchas respuestas incompletas, o sea nuevas preguntas acerca de qué es Quito: ¿la ciudad donde los indios se reúnen para

desafiar al poder?, ¿la urbe cuyos espacios públicos se quedan vacíos porque la gente se refugia en sus casas por miedo a la delincuencia?, ¿la síntesis entre el mito de la *cara de Dios* y un montón de espectáculos horribles?, ¿el escenario donde *rockeros* del sur y *poperos* del norte afianzan identidades?, ¿un Patrimonio Cultural de la Humanidad que hace esfuerzos por mantenerse habitable?, ¿las calles donde nos llenamos de humo los pulmones por el caos en el tránsito?, ¿la oportunidad de sobrevivencia de cientos de *tragafuegos* y acróbatas que copan las esquinas en busca de propina?, ¿la promesa de una noche de farra y de bohemia en los bares de La Mariscal?. ¿el miedo a ser víctima de uno de los 17.000 delitos anuales?, ¿el lugar donde vivimos y amamos?, ¿la ciudad donde nos arriesgamos y sufrimos?...

De cualquier manera, Quito no es sólo una ciudad, es también una gran crónica: bulliciosa, húmeda, pétrea, solar, étnica, cultural, sacra, pagana, inocente y perversa al mismo tiempo. Es que son muchos los Quitos que caben en Quito.

1.2. El gran relato de la inseguridad (quiénes narran la ciudad y sus miedos)

Partamos de una idea fundamental para pensar la ciudad como espacio de existencia y comunicación: la ciudad es la suma de todas las informaciones posibles. En efecto, es el lugar privilegiado de convergencia de la diversidad cultural. En América Latina, por ejemplo, se calcula que las tres cuartas partes de la población vive en centros urbanos. La ciudad es entonces ese espacio de encuentro cargado de significaciones, a veces celebratorio, a veces traumático, dependiendo de la carga cultural, o sea de la información que cada quien trae consigo. En la ciudad convergen miles de

subjetividades que se relacionan no sólo entre sí, sino también con el entorno físico que las envuelve. Esa relación puede ser armoniosa o conflictiva.

La investigadora alemana Dörte Wollrad⁸ sostiene que la celebración de la heterogeneidad puede ocultar el potencial conflictivo de la ciudad como lugar de encuentro, mientras que la percepción del caos, en cambio, puede impedir un análisis constructivo del tema. Para el caso que nos ocupa, vamos a prescindir de la percepción celebratoria, y centrarnos sólo en el análisis de la conflictividad. El sociólogo ecuatoriano Fernando Carrión⁹ dice que físicamente la ciudad se compone de barrios, calles, monumentos, gentes, y un sinnúmero de elementos que permiten a sus habitantes construir diversas percepciones de la ciudad: cultural, comercial, ecológica, amable, violenta, festiva, gris, colorida, etc.

En la ciudad convergen los edificios y los medios de comunicación, las calles y las modas, las músicas y las instituciones, los centros comerciales y los parques, los políticos y los vendedores, los predicadores y los ladrones. Cada quien, desde su espacio y su interés, se expresa y construye sentidos. El habitante urbano está expuesto a una infinidad de narrativas que, sumadas unas con otras, constituyen un macrorrelato dentro de un espacio físico que por sí mismo ya constituye un gran mensaje simbólico.

Entonces, la ciudad viene a ser algo así como una mixtura entre un orden empírico y su representación simbólica, es decir, una mezcla entre las condiciones externas de existencia y las imágenes mentales que de ellas se hacen sus habitantes. Es en ese espacio, entre lo real y lo imaginado, donde cobra forma el gran relato de la inseguridad,

⁸ Una mayor descripción consta en *Ciudad, espacio público y comunicación*. Ver: Carrión, Fernando y Wollrad, Dörte, *La ciudad, escenario de comunicación*, FLACSO, PLM, FES, Quito, 1999.

⁹ Carrión, Fernando y Wollrad, Dörte, 1999 (obra citada)

que en nuestro criterio tiene tres vertientes: el discurso oficial (autoridades, policía, etc.), el mediático (radio, prensa, televisión, internet, etc.), y los microrrelatos cotidianos (conversaciones entre vecinos de barrio, en los bares, en los buses, etc.). A continuación vamos a ver cómo se forma cada uno de ellos.

1.2.1. El monopolio de la violencia (para una comprensión del discurso oficial)

Cuando los diputados se aprestaban a escuchar lo que parecía un típico y aburrido informe de actividades del comandante general de Policía, Edgar Vaca, el oficial los sorprendió con una aseveración cuya resonancia sobrepasó los límites del Congreso Nacional, llegó a los medios de comunicación y enganchó la atención del país entero, el pasado 10 de abril: “*está en marcha un complot para asesinar al presidente Lucio Gutiérrez...*”, dijo el jefe policial en tono enfático, y a continuación guardó silencio para sopesar el efecto de sus palabras en una audiencia sorprendida ante tamaña revelación. Logrado el efecto sorpresa, Vaca se dedicó a especular con una serie de datos inconexos: “*dos ecuatorianos y nueve sicarios oriundos de Cali y Pasto se habrían reunido para planear y ejecutar el atentado...*”, continuó, pero en ningún momento presentó pruebas (grabaciones, fotos, videos, testimonios, etc.) que garantizaran que lo que estaba diciendo era cierto. No lo hizo ni en ese momento ni en ningún otro cuando fue requerido por la prensa¹⁰.

El poder tiene la capacidad de gestionar su visibilidad sin menoscabar su autoridad, mediante lo que en el argot periodístico se conoce como *globos de ensayo*, cuyo procedimiento es el siguiente: un funcionario o cualquier personaje cercano a los altos

¹⁰ Este caso puede parecer demasiado coyuntural y de pronta caducidad, pero lo destacamos aquí porque es muy representativo de una manera de obrar. La torpeza de sus protagonistas no desdice sus intenciones. Un lector futuro puede encontrar situaciones parecidas en otras ciudades de América Latina.

círculos del poder echa al aire una información relacionada con un tema importante, y lo hace como si fuera un comentario casual cuando nadie se lo espera. El objetivo es medir su impacto en la audiencia, en este caso, el país entero.

Si el efecto es el deseado, ¡Adelante con el plan! Si no, los voceros gubernamentales se encargan de decir que todo ha sido un malentendido y que la confusión queda aclarada en homenaje a la transparencia. Astuta maniobra política y comunicacional.

El anuncio del supuesto complot para matar al presidente Gutiérrez, dadas las circunstancias ambiguas y contradictorias que lo rodearon, fue un globo de ensayo, que podríamos tomarlo como uno más de los miles que realizan los gobernantes, si no fuera porque detrás de ese artificio informativo subyace una intención perversa por parte del poder como es la de asegurarse el monopolio de la violencia en el país. La intención descubierta impidió que fuera tomado con mayor seriedad y que sirviera de justificación para una arremetida violenta del gobierno contra sus opositores. Sin embargo, lo tomamos en cuenta aquí por parecernos lo suficientemente ilustrativo.

Le debemos a Walter Benjamín la pista conceptual para explicar en qué consiste ese monopolio de la violencia por parte del poder. Dice el filósofo judío-alemán que la violencia está ligada inevitablemente a los conceptos de derecho (natural y positivo) y de justicia. El derecho natural postula que el uso de la violencia es legítimo cuando se usa para fines justos; el derecho positivo, en cambio, establece que se puede garantizar la justicia de los fines mediante la legitimación de los medios¹¹. Entonces, como la justificación de los fines y la legitimación de los medios está en manos del Estado,

¹¹ Un análisis profundo acerca de la historia y la filosofía del derecho, la justicia y la violencia, se puede encontrar en: Benjamín, Walter. *Para una crítica de la violencia y otros ensayos*. Taurus. Madrid, 1998.

como consecuencia de las funciones normativas de las que la sociedad lo ha dotado, el poder los usa a su completo arbitrio, porque no conoce otra manera de resolver ni de regular los conflictos de la sociedad que no sea mediante la violencia.

Según Benjamín, el derecho natural es fundador mientras que el derecho positivo es conservador, y entre los dos se ofrecen argumentos de respaldo mutuo. Creemos entonces que lo perverso del uso de la violencia por parte del Estado es que acapara los dos fundamentos del derecho, con lo cual anula toda posibilidad de cuestionamiento de sus procedimientos coercitivos, pues resulta ilusorio, al menos para la lógica positivista y racional, cuestionar el uso de medios legítimos para fines justos.

Hay que precisar que el pensamiento de Benjamin se formuló en el lapso entre la primera y segunda guerras mundiales, y que sus reflexiones tenían como referente el avance del fascismo en Europa. No obstante, sus aseveraciones acerca de la historia y la filosofía del derecho sirven perfectamente para explicar la realidad contemporánea, sin olvidar, por supuesto, el respectivo filtro histórico y cultural. Ensayemos entonces una manera de comprender el presunto complot contra la vida del presidente Gutiérrez:

Matar a una persona va en contra del derecho natural que establece que ningún impulso humano justifica cegar la vida de otra persona a menos que sea en defensa personal. Pero matar al jefe de Estado, no sólo atenta contra el derecho natural, sino contra el positivo, porque para este último, el individuo que luce la banda presidencial lo hace en obediencia de un contrato social libremente firmado entre la sociedad civil y el Estado en el momento de haberlo elegido para que dirija los destinos del país. En suma, derecho natural y derecho positivo se unen para defender la vida del presidente, por lo

tanto, en el discurso del poder, cualquier tipo de violencia que se utilice para evitar ese atentado, está justificada.

Pero lo que no se ha considerado es que cualquier persona o grupo social puede reivindicar la necesidad de eliminación del presidente como una condición indispensable para su supervivencia, es decir, como parte de su defensa personal, con lo cual incluiría al atentado contra la vida en el ámbito del derecho natural. Para el poder, admitir esa posibilidad sería una catástrofe. ¿Qué pasaría, por ejemplo, si un delincuente dijera que sus actos delictivos se fundamentan en el derecho natural de conservar su existencia y la de su familia? Ni el Estado ni la sociedad civil estarían dispuestos a avalar ese argumento por la sencilla razón de que pondría en duda la fórmula de medios legítimos para fines justos. Y el poder se ocupa principalmente de aplacar toda conducta social que ponga en duda ese principio totalitario.

Los que hacen la guerra -dice Benjamín- actúan convencidos de que la justicia de sus fines legitima el uso de cualquier medio. La reciente invasión de Estados Unidos a Irak, para hablar de un tema mundial; las fumigaciones del Plan Colombia en la frontera norte, para referirnos a un tema regional; la persecución de extranjeros indocumentados, para mencionar un caso local, entre otros, son actos de poder basados en la supuesta justicia de sus fines. Este principio, ligado a la historia y a la filosofía del derecho, es hábilmente utilizado por el poder.

En ese sentido, el anuncio de la existencia de un complot para asesinar al presidente lleva implícito un mensaje muy claro: evitar ese asesinato es un fin justo que legitima toda suerte de violencia, por lo tanto, el Estado es la única entidad con derecho a

monopolizar la violencia, y la que provenga de otro sector debe ser reprimida. Es lo mismo que decirle al ciudadano común: no se asuste de que una de estas noches un escuadrón de policía ingrese a su casa en busca de sospechosos y se lo lleve preso por protestar; asústese más bien del tipo extraño que camina por su barrio con fachas de ladrón. No se asuste si la mitad del presupuesto del Estado se destina a comprar armas para la Policía y el Ejército; asústese en su lugar de los que cuestionan la autoridad estatal en materia de armas y seguridad. No se asuste si su presidente decide viajar en helicóptero blindado sin permitir que se le acerquen a un metro de distancia; asústese de aquellos que quieren increparlo para exigirle mejores condiciones de vida. No se asuste de la autoridad ni el orden, asústese de todo aquel que no los represente, es decir, tenga miedo de los excluidos, los marginales, los pobres y, por supuesto, los delincuentes.

1.3.2. El peligro está en todas partes (la moraleja del discurso mediático)

Recuerdo con mucha claridad el día en que conocí al *Doctor Muerte*. Trabajaba yo como reportero de temas especiales del diario *El Universo*, y esa mañana del 9 de enero de 2001 comenzaba a experimentar los primeros síntomas del fracaso cuando varias llamadas a fuentes importantes resultaron infructuosas. Sin pistas en el horizonte, me acerqué por reflejo al transmisor conectado con la frecuencia de la Policía en busca de un dato que reclamara investigación...¡Y ahí estaba el tema del día!

Acababan de capturar a Rafael Santiago Romo, un médico pediatra de 37 años, autor de seis asesinatos (una de cuyas víctimas era su novia a quien había golpeado con una pesa de fabricación casera) y de varios intentos de violación. Sin duda había ahí una historia, no sólo policial –pensé– sino psicológica, sociológica, etc. Un médico convertido en

asesino en serie es algo que desborda los límites de la cobertura periodística —me dije— por lo tanto, se trataba de un caso especial. Y salí corriendo para las oficinas de la Policía Judicial (PJ), donde ya se había formado un tumulto de cámaras, policías, abogados y toda suerte de curiosos. Todos querían ver el rostro del asesino, escudriñar de cerca al tipo capaz de matar a seis personas, escuchar su voz y probar la posibilidad de sostener su mirada, preguntarle qué lo había movido a cometer esos crímenes, etc.

Cuando dos agentes aparecieron llevando del brazo al *Doctor Muerte* (apodo con el que lo presentó el propio jefe de la PJ, en alusión a un médico europeo que practicaba la eutanasia) se hizo un silencio total. El detenido era un tipo flaco y desgarrado, de rostro pálido e inexpresivo detrás de unos lentes redondos de filósofo. Se paró frente a las cámaras y se quedó mirando al infinito por sobre las cabezas de los fotógrafos, quienes le descargaron decenas de *flashazos*, sin que el hombre se inmutara por ello. Pasaron casi cinco minutos y nadie dijo nada. Yo tampoco pronuncié palabra, ni pensaba hacerlo, convencido de que en esos casos sirve más observar que hablar. Hasta que el jefe de la PJ dijo: “¡Gracias señores, eso es todo...! Entonces todos reaccionaron, y comenzaron las preguntas, atropelladas unas detrás de otras. Y la respuesta del *Doctor Muerte* fue tremebunda: “*Los maté porque no soporto que se burlen de mí...*”.

En ese entonces no me di cuenta, pero ahora entiendo que ese silencio inicial de los asistentes fue el efecto de estar frente al *rostro de la inseguridad*. Las noticias de las muertes y los intentos de violación circulaban hacía varias semanas atrás entre la Policía y los reporteros de sucesos. La ciudadanía estaba enterada a medias del caso por versiones parciales de la prensa, pero nadie le había visto el rostro. Entonces lo que se transmitió ese día en la televisión y lo que se publicó al siguiente en los periódicos no

fue simplemente el rostro flaco del médico Rafael Santiago Romo, sino la prueba visual de que *el mal existe*, la constatación física de que *el delito tiene cuerpo y rostro*, la certeza de que en cualquier momento y en cualquier calle un *Doctor Muerte* acecha a los transeúntes.

Se trataba de un hecho real, tan real como que un hombre había matado a seis personas, que comenzaba a adquirir, por efecto de la divulgación mediática, dimensiones simbólicas: el *Doctor Muerte* podía ser cualquier vecino del barrio. Por lo tanto, había que comenzar a tomar precauciones, desconfiar del tendero de la esquina, del mecánico que nos arregla el auto, del barredor del parque, de todos, porque todo transeúnte puede ser un *asesino en potencia* y todos los ciudadanos podemos ser *víctimas en potencia*.

El discurso mediático es una narrativa que ocupa un lugar privilegiado en la ciudad, por lo tanto hay que entenderlo en ese contexto. Para ello, volvamos a Walter Benjamín y sus conceptos sobre las narrativas¹². Dice Benjamin que la crónica se hace de información, mientras que la novela se hace de ficción, y agrega que la diferencia entre el cronista y el novelista es que el primero va en busca de la moraleja, de la enseñanza, mientras que el segundo va en busca del profundo sentido de la existencia. En el caso que hemos relatado, se muestra cómo el discurso mediático tiende más hacia la construcción de la moraleja, de la enseñanza útil, que de otros sentidos como, por ejemplo, el trasfondo social de la violencia. Quienes hacen los medios de comunicación, antes que otra cosa, ejercen la función de cronistas, cuya materia prima es la información. Entonces, la moraleja del discurso mediático que quedó flotando en el caso

¹² Benjamín, 98 (obra citada)

del *Doctor Muerte* fue más o menos la siguiente: *a todos nos puede suceder porque el peligro está en todas partes.*

Estamos ante una forma de construir el miedo en la ciudad. A un terreno inmundado le corresponde una narrativa de terror; a un individuo desquiciado le corresponde un relato monstruoso. Entonces la ciudad ya no es sólo el espacio donde habitamos, trabajamos y amamos, sino también donde nos arriesgamos y sufrimos. Esto no quiere decir que los medios de comunicación procuren intencionalmente crear un estado psicológico de terror en la población, o que exista detrás de cada radio, periódico o estación de televisión una comunidad de canallas manipuladores de la información, como lo sugieren los críticos inspirados en las corrientes denunciadoras de la comunicación. En los medios confluyen una serie de factores, desde el nivel intelectual, posición política, condiciones laborales, etc., de los periodistas, hasta la relación del medio con la matriz sociocultural dominante en determinada sociedad. Veamos cómo funciona este asunto:

No hay que olvidar que los discursos mediáticos son formas del discurso público, que incluyen tanto un proceso de producción como un proceso de recepción. Esto significa que a los discursos mediáticos hay que entenderlos en dos dimensiones: textual y contextual. La primera corresponde al enunciado (el texto en sí mismo) y la segunda a la enunciación (los sentidos que se producen a partir del texto). Como este no es el espacio para hacer un análisis estructural de los textos periodísticos, nos ocuparemos sólo del efecto simbólico que éstos tienen en el contexto sociocultural donde circulan.

El lingüista holandés Teun Van Dijk dice que las noticias (para el caso que nos ocupa, los discursos mediáticos) no sólo son representaciones de la realidad más o menos

correctas o incorrectas, sino un marco a través del cual se construye rutinariamente el mundo social¹³. Esto significa que tales discursos, además de ofrecer una descripción de los hechos, también generan unas expectativas al respecto. Esa descripción y esas expectativas no tendrían sentido si no se dieran en unas circunstancias socioculturales dadas, es decir, si no estuvieran sometidas a un proceso de negociación simbólica entre el mensaje y la matriz sociocultural donde se difunde. En el caso de Quito, el gran relato de la inseguridad que emiten los medios se activa y cobra sentido en una ciudad cuyo alto índice de inseguridad es la base de una cultura ciudadana cuyo elemento principal es el miedo. Entonces, los medios no representan por sí mismos la violencia, en los medios se representa una noción de violencia que ya está anidada en la psicología colectiva de la ciudad, y lo que hacen éstos es consagrarla en su dimensión simbólica.

1.2.3. La ciudad como escenario de sufrimiento (los microrrelatos de miedo)

UNO: El pasado 13 de julio murió Harold Guerrero por tratar de impedir que tres asaltantes le roben su automóvil. Harold ni siquiera tuvo tiempo de quitarse el cinturón de seguridad, peor de sacar su pistola Smith&Wesson con registro militar, porque los delincuentes, cuando vieron que el hombre estaba armado y se resistía al atraco, le descargaron seis balazos a quemarropa y luego huyeron en otro automóvil dejando a su víctima moribundo y todavía atado a su cinturón. Los vecinos de las calles Tomás de Berlanga e Isla Isabela (al norte de Quito), donde ocurrió el crimen, dicen que este es por lo menos el tercer asalto a mano armada en esa esquina en lo que va del año. La mayoría asegura que, pasadas las siete de la noche, nadie quiere salir ni a la tienda. El lugar, a simple vista, parece una esquina normal: una pizzería, una bodega de huevos y

¹³ Para un análisis pormenorizado del discurso mediático, ver. Van Dijk, Teun. *La noticia como discurso, comprensión, estructura y producción de la información*. Paidós, Barcelona, 1990.

licores, y un almacén de muebles conforman el paisaje, o sea, ningún signo de peligro evidente. Pero apenas uno sugiere el tema de la inseguridad, los relatos de miedo se multiplican, así como los protagonistas. Es muy difícil encontrar a alguien en el sector que no diga haber sido víctima de un asalto, o testigo de un robo, o que no tenga un pariente a quien le haya sucedido algo terrible. En la esquina de Tomás de Berlanga e Isla Isabela, la gente se manda a guardar temprano. Y si uno pregunta por qué, le cuentan que hace poco se produjo el tercer asalto a mano armada en esa esquina en lo que va del año, aunque siempre hay alguien que corrige: *“no es el tercero, es ya el cuarto o el quinto...”*

DOS: El semáforo está a punto de cambiar de verde a rojo en la esquina de Florida y Machala (al norte de Quito). Los conductores que van primeros se apresuran a pasar, pero los de atrás comienzan a frenar apenas aparece la luz amarilla de advertencia. En ese momento asoma por la acera un tipo joven y bien parecido que parece tener prisa por cruzar la calle. Cuando los carros se detienen, el hombre se lanza contra alguno y simula haber sido atropellado. La conductora (porque el farsante tiene buen cuidado de elegir un carro conducido por una mujer) se asusta y baja el vidrio para ver qué pasó. El tipo, con una fingida mueca de dolor en su rostro de Brad Pitt, dice que no es nada serio, pero que quedó un poco golpeado y que, por favor, lo ayude a acercarse a un hospital. Cuando ya está dentro del carro, saca un cuchillo y amenaza a la conductora. Le dice que no le quiere robar nada, que sólo quiere tocarla. La lleva a algún lugar apartado, la droga y, finalmente, no solo la viola sino también la mata o por lo menos lo intenta. Dicen que un caso similar ocurrió en un semáforo de Cumbayá, otro en Pomasqui y otro en los Shyris y Naciones Unidas. Según algunos, se trata de un sicópata, que cambia constantemente de lugar de operación para no ser sorprendido en el acto...

La historia número uno es real y verificable, como la tumba de Harold Guerrero en el cementerio Monteolivo. La número dos es el resumen de varias historias que circulan en la ciudad bajo el mismo patrón narrativo, pero con variaciones de lugar y circunstancias, aunque es muy recurrente la mención de las calles Florida y Machala¹⁴. He escogido estos dos relatos de miedo en Quito por ser los que mayormente circularon al momento de escribir esta tesis y porque en ellos se evidencia que las narrativas de terror ya forman parte indisociable del imaginario urbano.

En general, las narrativas de boca en boca, es decir, los microrrelatos cotidianos, son la forma primigenia de construcción de los imaginarios. La investigadora venezolana Susana Rotker dice que este tipo de narraciones representan un retorno al saber original¹⁵ en donde el narrador (el vecino del condominio, el compañero de asiento en el bus, el amigo ocasional de la barra del bar, etc.), recurre a la vivencia personal o ajena como una manera de explicarse una realidad, cuya complejidad desborda sus límites comprensivos.

La violencia urbana es un fenómeno demasiado complejo como para que alguna disciplina social pueda ufanarse de haberla comprendido y explicado. Sin embargo, en los microrrelatos cotidianos, toda esa complejidad se resuelve en el pequeño cuento que le hace un vecino a otro. Parecería que las personas, cuando se cuentan unas a otras episodios de miedo, están revelándose los secretos mismos de la existencia. Rotker

¹⁴ En el caso de la historia UNO pude hacer la investigación personalmente en el sitio del suceso. El diario *El Comercio* publicó un informe en la edición del 21 de julio de 2003. La historia DOS circula en los buses y oficinas e incluso hay una versión por *internet*. Hace poco pude conocer, por una fuente policial, que en Cumbayá ocurrió un caso con esas características. Al tomar contacto con un familiar de la mujer asesinada, me confirmó el suceso pero solicitó no divulgar los nombres ni los detalles del caso.

¹⁵ Ver: Rotker, Susana (ed). *Ciudadanías del miedo*, Nueva Sociedad, Caracas, 2000.

llamaba a esto un arcaísmo en plena era de la globalización, aunque no por ello puede considerarse irreal.

Lo anterior nos lleva a plantear, por un lado, que el saber pretendidamente objetivo de los indicadores y las cifras relacionados con los fenómenos sociales ha entrado en desuso en lo que se refiere a la comprensión de la violencia urbana y, por otro, que su lugar está siendo ocupado por la imaginación. Cuando el lenguaje de las cifras no alcanza a explicar las dimensiones de la inseguridad, surge el relato oral entre vecinos. El habitante urbano no se amilana frente a la estadística que le habla de que en Quito se producen 17.000 delitos anuales, pero sí entra en pánico cuando se entera, por ejemplo, que la panadería en la que compró la noche anterior fue asaltada diez minutos después de su salida; no le impresiona que una ciudad de 1,4 millones de habitantes¹⁶ sea vigilada por 1.000 policías¹⁷, pero sí le aterra saber que un vecino suyo recibió una llamada de un desconocido, quien le indicaba que debía salir a atender a un familiar herido en un accidente, pero la llamada no era más que una trampa del delincuente para poder asaltar al fulano a la salida de su propia casa.

Entonces, las narraciones de terribles episodios de miedo, completamente verificables (como el asesinato en la Tomás de Berlanga e Isla Isabela) o a medias (como la historia del sicópata *carilindo* de los semáforos) constituyen los modos más desarrollados de construcción del carácter de una ciudad por parte de sus habitantes. Y lo que construyen estos relatos en Quito es la percepción de una ciudad violenta, frente a la cual el

¹⁶ Según el Sexto Censo de Población y Quinto de Vivienda, Quito tiene 1'399. 378 habitantes (la ciudad) y 1'839. 853 (el cantón, que incluye 33 parroquias rurales). Cifras del Instituto Nacional de Estadística y Censos.

¹⁷ En Quito trabajan 4.000 policías, de los cuales 980 están asignados a las Unidades de Policía Comunitaria (UPC). Cada uno cumple un turno de seis horas diarias, por lo que el número total hay que dividirlo para cuatro turnos. Datos del Comando Distrital de Policía de Quito.

narrador, o busca la solidaridad de sus semejantes mediante la autocompasión (*me asaltaron y me dejaron golpeado en media calle...*) o busca notoriedad mediante la autoafirmación personal (*me amenazaron con un cuchillo, pero no me dejé robar porque soy un tipo listo y ágil...*). Los microrrelatos cotidianos también son una suerte de exorcismo, de recurso emocional, al que acude la colectividad ante la inconmensurable dimensión de la violencia y del miedo.

Frente a un relato de terror, el habitante urbano toma precauciones, modifica su comportamiento con el fin de prevenirse de aquello que, en principio, es información, pero que él lo incorpora definitivamente a su imaginario. De esta manera, se borran los límites entre los hechos de la imaginación y los de la realidad empírica. Se produce una inversión de roles: las narraciones ya no se basan en datos empíricos, sino que los datos se basan en narraciones. Podemos hablar entonces de la fusión entre una ciudad real y una ciudad imaginada, de la combinación entre un orden objetivo y un orden subjetivo, cuyo producto es el miedo, que se ha constituido en el principal estado emocional con el que se relacionan entre sí los habitantes Quito.

CAPITULO 2

La representación monstruosa del *otro*

*“En estado de sitio el orden se congela, aunque el desorden bulle bajo la superficie.
Como un enorme manantial, lentamente comprimido y listo para estallar en cualquier
momento, una tensión enorme yace quieta bajo la superficie”*

(Michael Taussig)

2.1. El lugar de los *monstruos*

En la parte superior del cuadro está el espacio celeste, profundo y acogedor, surcado por nubes blancas que parecen viajar suavemente por ese mundo de gracia y levedad. Sobre una nube mayor, iluminada por el sol, cabalga la representación humana de la virtud, la Virgen María, a punto de recibir sobre su cabeza aureolada el toque divino de santidad de manos del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Los primeros la acarician con su mirada piadosa, mientras el último la abanica con su tímido aleteo. A un costado, sobre una nube más pequeña, viaja una cofradía de pontífices y santos varones ataviados con sus casullas de hilos de oro, absortos ante la escena. Si no estuvieran sobre una nube, parecerían los tripulantes de un barco patrulla tratando de ofrecer escolta a una nave mayor. Al otro costado, de rodillas sobre una almohadilla de vapor, navega un ángel que acompaña con su lira el ascenso a las alturas de unos pocos elegidos, mientras desde el espacio infinito una familia de querubines celebra con rostros complacidos ese momento divino. No cabe duda, es el cielo.

En la parte central, la luz se vuelve esquiva, los rayos de sol que arriba acariciaban las nubes, ahora se desvanecen en la oscuridad y, en lugar de ellos, una descarga de fuego

presagia la tormenta. Un clérigo escucha la confesión de un moribundo, en torno a cuyo lecho un ángel y un demonio observan atentos, como deliberando sobre el destino final de esa alma. El bien y el mal concurren y se enfrentan ante el hecho sobrecogedor de la muerte. Cerca de allí, otro ángel abre el libro de las obras buenas, mientras un demonio presenta el de los pecados. Estamos en un campo de batalla entre las fuerzas del bien y del mal. Un moribundo trata de escapar hacia arriba aferrándose a las vestiduras de un arcángel; otros, en cambio, son atraídos hacia abajo por las garras de unos seres de espanto, figuras humanoides, con patas de gallo, cuerpo de humano y cabeza de demonio. Asistimos al enfrentamiento entre lo monstruoso y lo virtuoso. Es la Tierra.

En la parte inferior del cuadro está el horror. Aquí no hay enfrentamiento porque la única fuerza que impera es la del mal. Un demonio obliga a un humano a beber fuego, mientras otro se complace en estrangular a un condenado. El tormento del cuerpo es infinito. Los que no alcanzan su salvación se consumen en las llamas, asfixiados por el calor y por el mortal abrazo de las serpientes enredadas a su cuello. Todo aquí es monstruoso. Seres de dientes afilados, con cuernos, armados de lanzas y cuchillos, se asoman a la Tierra para arrastrar con ellos a los condenados, cortarles la lengua y celebrar su hazaña con bailes orgiásticos. Es el infierno.

La Escuela Quiteña fue exuberante en la producción de imágenes religiosas basadas en la eterna lucha del bien contra el mal. El cuadro descrito arriba se llama *El Juicio Final* y fue pintado por un autor anónimo a mediados del siglo XVIII¹⁸. El artista no dejó su nombre, pero sí fijó bien clara su manera de entender la dualidad más vieja de la humanidad: el bien y el mal. Por un lado, el cielo como morada de lo virtuoso y, por

¹⁸ Colección particular. Ver. Kennedy, Alexandra. *Arte de la Real Audiencia de Quito, siglos XVII-XIX*, Editorial Nerea, Madrid, 2002.

otro, el infierno como reducto de lo monstruoso. Y en medio de los dos, el mundo de los humanos, como escenario del combate infinito.

A partir de esa dualidad, hablaremos sobre el lugar de los *monstruos*, esos seres terribles cuya representación mitológica los asocia con el mal, ya sea por deformación corporal o por degeneración espiritual. Los *monstruos* habitan en la oscuridad y su medio natural es el caos, el abismo, los lugares execrables. Pero ocurre que cada tanto les da por asomarse hacia el mundo de la luz y del orden. Se aventuran sin pedir permiso a nadie, se mueven torpe y erráticamente, causando daño a su paso, hasta que alguien los descubre. Entonces cunde la alarma. Los *monstruos* deben ser detenidos y expulsados hacia el lugar del que salieron. En el imaginario religioso tradicional, deben volver al infierno; en el imaginario secular contemporáneo, a las márgenes, a los extramuros de la sociedad, a su propio laberinto, desde donde no puedan amenazar a los seres normales.

Cada época ha propuesto un modelo para entender el mundo, y en cada una se ha reeditado esa vieja lucha. Durante el mito religioso medieval, una legión de ángeles salía a derrotar a una turba de demonios; durante el imperio de la razón moderna, la civilización tenía que aplastar a la barbarie; y durante el paradigma económico contemporáneo, las fuerzas del orden tienen que reprimir todo aquello que se sale de la norma, que se presenta deforme y constituye una amenaza. El orden rechaza todo lo que no armoniza con su lógica; le teme a todo lo que viene desde las márgenes, a todo lo deforme, a todo lo monstruoso. Es que la historia siempre ha tenido una manera escatológica de buscarse a sí misma buscando en cada época a sus *monstruos*, que son la más violenta manifestación de lo distinto.

2.2. El orden y la paz en peligro

En la novela *La hoguera de las vanidades*, ese genial cronista de Nueva York, Tom Wolfe, narra una escena especialmente irónica acerca del funcionamiento del miedo en las urbes contemporáneas. El personaje central, Sherman, un *yuppie* sin otro horizonte en su vida que hacer fortuna en Wall Street, sale una noche con su perro a dar un paseo, pero en la calle lo sorprende la lluvia, y el animal se resiste a seguir caminando. El hombre pierde la calma y comienza a maldecir su suerte en voz alta:

“De repente Sherman se fijó en alguien que caminaba por la acera en dirección en donde él se encontraba, bajo la húmeda sombra de las casas y los árboles. Incluso a cincuenta metros de distancia, en plena tiniebla, supo la amenaza que esa figura suponía. Había comenzado a sentir esa tremenda preocupación que ocupa la base misma del cerebro de todos los vecinos de Park Avenue sur y de la calle Noventa y seis: la amenaza que supone para cada uno de ellos un joven negro, un chico alto, fuerte, calzado con zapatillas deportivas de color blanco. Se encontraba ahora a quince metros, diez. Sherman lo miró fijamente. ¡Muy bien, que venga! ¡Estoy preparado! ¡No pienso huir! ¡Este es mi territorio! ¡No pienso ceder, por muchos punks callejeros que me amenacen!.

Súbitamente, el negro giró noventa grados, cruzó la calzada y siguió caminando por la acera de enfrente. El débil amarillo de una farola de vapor de sodio iluminó por un instante su rostro cuando se volvía para echarle una ojeada a Sherman.

¡Había cruzado la calle! ¡Un golpe de suerte!

Ni por un instante se le ocurrió a Sherman que lo que el chico había visto era a un blanco de treinta y ocho años, hecho una sopa por la lluvia, vestido con una extraña gabardina de estilo paramilitar, con montones de correas y hebillas, con un animal inquieto en sus brazos, con los ojos desorbitados, hablando solo.”¹⁹

¹⁹ Wolfe, Tom. *La hoguera de las vanidades*, Anagrama, Barcelona, 1992.

Este fragmento de narración nos sirve para abordar la relación entre orden, ideología y poder, que son los elementos que entran en juego a la hora de definir quiénes se constituyen en los *monstruos* de nuestras ciudades. El sociólogo ecuatoriano Milton Benítez dice que nuestra percepción del mundo se da sobre la base de dos visiones distintas: la del ojo y la de la mente. La primera capta el mundo concreto y real, los seres empíricos, el contexto material que nos rodea. La segunda, en cambio, capta el modo de ser del mundo como ética y moralidad. Acogemos estas aseveraciones porque explican en gran medida la relación entre las condiciones externas de existencia y las representaciones mentales que de ellas se hacen los habitantes urbanos. Y esa relación, como consta a lo largo de esta tesis, es la base de nuestras reflexiones.

Retomando la idea, el ojo mira lo que se le presenta empíricamente, la mente mira lo que hemos aprendido a ver simbólicamente. La trampa de la ideología –dice Benítez– es hacer que el orden ético y moral se imponga sobre el concreto y real y que, en determinado momento, no sepamos diferenciar el uno del otro. Cuando eso ocurre, estamos ante el triunfo de la ideología, es decir ante una manera de ser y de estar en el mundo impuesta por el discurso del poder y aceptada por el grueso de la sociedad. Esa manera de ser y de estar –concluye el sociólogo– es la sensación de orden y de paz.²⁰ De acuerdo con ello, podemos decir que el poder nos vende un modelo de sociedad ideal bajo la condición de que aceptemos sus reglas de juego, que consisten en asignarle a cada quien un lugar y una categoría social, y castigar cualquier desacato a ese modelo.

Esa obsesión de la sociedad por categorizar a sus individuos trae consecuencias mutiladoras y excluyentes. El sociólogo canadiense Erving Goffman, en sus estudios

²⁰ Benítez, Milton. *Peregrinos y vagabundos: la cultura política de la violencia*, Quito, Abya-Yala, 2002

sobre las instituciones totales (cárceles, hospitales psiquiátricos, cuarteles, leprosarios, etc.), cuya tarea es el internamiento de las personas, da cuenta de la manera cómo el orden imperante convierte a los *internados*²¹ en seres aislados y despojados de su condición humana. Dice Goffman que lo primero que hacen estas instituciones es cortar la relación del individuo con el mundo al rodearlos de cercas, murallas, alarmes de púas, sistemas eléctricos, etc.; luego, la obligatoria convivencia en la que no les queda otra posibilidad que compartir hasta los actos más íntimos con los demás, va anulando poco a poco su conciencia individual hasta llegar a una mutilación completa del *yo* personal, que se profundiza con el despojo de sus bienes y hasta de su propio nombre.

Si las instituciones totales de internamiento categorizan a los individuos y encierran a los más desgraciados, en una limpieza hacia adentro, las instituciones del orden categorizan y expulsan, en una limpieza hacia afuera. Estamos ante dos fuerzas complementarias que sostienen el modelo de orden y la paz.

Pero ¿qué pasa cuando se rompe esa sensación de orden y de paz, cuando el modelo se tambalea? Significa que la realidad ha cambiado, que los hechos se revelan contra las ideas, que alguien o algo quiere ser lo que no es, y lo manifiesta mediante actos desestabilizadores. Para esa circunstancia, el poder y la ideología tienen un nombre: inseguridad y violencia. ¿Y quienes son los causantes? Los que no se adaptan al modelo reinante de orden y de paz, los que acechan desde la oscuridad, los delincuentes, los marginales, es decir, los *monstruos* de nuestro tiempo.

²¹ Goffman, Erving. *Internados: ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1983.

Tenemos entonces que, para que la visión del ojo sea completa, la visión de la mente le otorga argumentos. De manera que la suma de las dos produce una sensación, que puede ser de tranquilidad (cuando creemos estar bajo un modelo de orden y de paz) o de miedo (cuando creemos que ese modelo se ha roto). Por eso –y volviendo al relato de Wolfe– lo que el ojo de Sherman vio fue a un joven negro acercarse por la misma acera, pero lo que la mente había aprendido a ver fue a un depredador urbano. El argumento que la visión de la mente le dio a la del ojo fue el de estar en una ciudad violenta e insegura donde cada transeúnte es un enemigo potencial especialmente si es negro y transita de noche por una calle desolada bajo la lluvia.

Demostraciones de esta representación monstruosa del otro se ven a diario en Quito y, precisamente, hace pocas semanas fui testigo de una de ellas.

Andaba en busca de una tarjeta para mi teléfono celular, y entré al Centro Comercial Iñaquito (CCI), al norte de la ciudad, donde me entretuve mirando los nuevos modelos en un puesto de telefonía situado en el pasillo principal. En eso escuché los ladridos de un perro, más fuertes de lo normal por el efecto acústico de los espacios cerrados. Me pareció que se trataba de la excentricidad de algún comprador, llevar un perro de paseo al centro comercial. Pero no se trataba de eso. El animal pertenecía a un guardia de seguridad, y la razón de su bravura era la presencia junto a las vitrinas de un personaje que a todas luces no pertenecía a ese lugar.

Se trataba de un hombre descalzo con el pantalón arremangado hasta las rodillas y notablemente sucio, sostenido por una correa demasiado ancha como para caber por los pasadores, de manera que su dueño la había colocado por encima de ellos. El atuendo de

este paseante se completaba con un saco de lana de mangas muy anchas y una bolsa de yute cruzada por los hombros. Tenía los cabellos largos y el rostro bronceado de los indios amazónicos y, sin duda, estaba perdido en ese centro comercial de la capital.

El guardia llamó por señas a un compañero para que ocupara su puesto, mientras él iba tras del extraño personaje, siguiéndolo de cerca, dando esporádicos tirones a la correa del perro en una evidente señal para que el animal ladrara. El indio se dio cuenta de que él era el motivo de tamaños ladridos, y comenzó a ponerse nervioso. En un principio aceleró el paso, luego más y más, y comenzó a buscar la salida. En su ofuscación confundió la salida con la entrada a los Multicines y eso lo puso más nervioso. Se paró en seco y se volvió, desconcertado, a mirar al guardia y al perro. Por un momento pareció que el guardia lo iba a interrogar y que el indio iba a responder. Pero nada de eso pasó. El uniformado le puso el bozal al perro y éste se calló. El indio les dirigió una última mirada y atravesó por entre las mesas de un restaurante de comida rápida hasta la calle. Los comensales lo miraron extrañados y uno de los camareros le abrió rápidamente la puerta para que el hombre saliera casi corriendo...

“*¿Qué pasa...!*”, le pregunté al guardia. El tipo hizo una mueca con la boca, seguida de un leve encogimiento de hombros, como quien dice: *¡Nada, pero por si acaso...!* Lo último que vi fue a ese hombre desorientado entre los automóviles del parqueadero.

Podemos decir entonces que el ojo del guardia vio a un hombre mal vestido y sucio caminando junto a los puestos de venta, pero su mente vio a un ser peligroso, alguien a quien había que vigilar y, de cualquier manera, obligar a que se fuera de allí, que

regresara a su lugar de origen, a quién sabe qué lugares inmundos de los que no debió haber salido. En otras palabras, lo que el guardia vio fue un *monstruo*.

Los centros comerciales están hechos bajo el modelo de orden y de paz propuesto por el poder y el sistema capitalista vigente. Ahí todo parece seguro, y lo último que quieren perder las personas que acuden a estos lugares es esa sensación de seguridad. La presencia de un marginal es un síntoma de que la seguridad está en peligro. La pregunta es: ¿Quién expresa mayor violencia: el indio vestido con harapos o el guardia armado y con el perro ladrando? La mirada del ojo dice que el guardia, pero la mirada de la mente la rebate con el argumento de que estamos en un centro comercial, uno de los últimos reductos de seguridad en medio de una ciudad como Quito, carcomida por la delincuencia, por lo tanto, cualquier acto de violencia que se despliegue para mantener ese orden es legítimo y deseable. Los harapos del marginal producen desconfianza, por eso la violencia se viste con el ropaje de la seguridad para ser aceptada.

2.3. Cuando los *monstruos* rompen la cerca

El círculo es la metáfora perfecta de la armonía, del equilibrio, de la totalidad, porque representa, en una sola línea, un principio y un fin, un adentro y un afuera. En el círculo, como en ninguna otra figura geométrica, la referencia al centro es tan importante, porque a partir de ahí se define la periferia. Ahora bien, imaginemos la sociedad contemporánea como un conjunto de círculos concéntricos, donde lo que está en el centro es la noción de orden y de paz y, a medida que nos alejamos, esa noción se transforma y se degrada hasta que, en el último círculo, sólo queda el caos absoluto.

Muchos aspectos de la vida pueden ser explicados mediante esos círculos, como el de la propiedad, uno de los fundamentos del sistema capitalista vigente, donde el propietario tiende hacia el centro y el no propietario hacia la periferia. Veamos ahora cómo se traduce esto en el imaginario urbano. La antropóloga mexicana Rossana Reguillo²² sostiene que las urbes actuales se rigen por el clásico binarismo del bien y del mal, donde la *ciudad buena* está representada por aquella físicamente hermosa, iluminada, bien cuidada, en la que habita la *gente bien*. Digamos –para completar la idea– que es el lugar donde se materializa esa certidumbre económica llamada propiedad. En cambio la *ciudad mala* –dice Reguillo– es la de los sectores populares, los mercados, los callejones, la noche, el vicio. Digamos que representa la antípoda de la propiedad, el lugar de la desposesión, de la exclusión.

En esa división simbólica de la ciudad, la parte *buena* representa la tranquilidad, la seguridad, mientras que la parte *mala* representa la inseguridad, la delincuencia. La tendencia de la población es a identificarse con la primera y pensar que la segunda es el territorio de los *otros*. Mientras las cosas se mantengan en esos andariveles, mientras esos *otros* no perturben sus sueños, el habitante urbano se siente tranquilo.

Pero un día ese habitante despierta, mira en los noticieros y lee en los periódicos que el orden se ha roto, que la paz ya no existe, que los *otros* han irrumpido en su espacio y en el de sus vecinos. Entonces tiene miedo, pues la paz ha sido quebrantada. La ruta de su casa al trabajo, que antes le parecía un alegre paseo matinal, ahora se ha convertido en una travesía de peligro. En su cerebro retumban los relatos que hablan de una ciudad

²² Reguillo, Rossana: *Imaginarios globales, miedos locales: la construcción social del miedo en la ciudad*. Ponencia presentada en el IV Encuentro de ALAIC, en Recife, Brasil, septiembre, 1998.

insegura, de crímenes, asaltos y violaciones, y ya no tendrá tranquilidad mientras no identifique al causante de esa ruptura, mientras alguien no le garantice que ese orden algún día será devuelto mediante la eliminación del culpable.

Entonces se organiza, sale a la calle con pancartas y banderas, convoca a enormes marchas y concentraciones para exigir a las autoridades *mano dura* contra la delincuencia, contra ese *otro* que acaba de romper su paz. El poder, situado en el centro, toma medidas para que no se desdibujen los círculos que lo rodean. Alienta la represión, que es la violencia oficial, y condena la delincuencia, que es la violencia marginal.

Podemos decir entonces que los *monstruos* cruzaron la cerca, traspasaron la barrera del círculo periférico que los mantenía al margen y, en respuesta a ello, los habitantes de la *ciudad buena* crean un movimiento ciudadano que intenta movilizar al Estado para que arroje a los invasores fuera del círculo que han traspasado y se consuman en su propio laberinto. Recordemos la “*marcha de las camisetas blancas*” del pasado 11 de diciembre en Quito²³, (a la cual nos referiremos más adelante). Pero también los habitantes toman sus propias medidas, que consisten en amurallarse, en autoclausurarse, rodeando sus casas con fuertes enrejados y cubriéndolas con sistemas de alarmas. Un ejemplo es lo que pasa en la ciudadela Baker II, al nororiente de Quito, cuya experiencia de miedo referiremos a continuación.

La Baker II es una especie de bolsa urbana de nueve hectáreas de extensión donde viven alrededor de 300 familias de modesta clase media. Decimos bolsa urbana porque es uno

²³ El 11 de diciembre de 2002, aproximadamente 40.000 personas se manifestaron en las calles de Quito en contra de la delincuencia y exigieron a las autoridades mayor firmeza en la represión del delito. Todos los manifestantes vestían camisetas blancas, de ahí el nombre histórico que tomó la manifestación. En los capítulos siguientes realizaré un análisis más detallado de este hecho.

de los barrios más claramente delimitados de la ciudad, y porque sus habitantes están dispuestos a gastarse 10.000 dólares de sus bolsillos en construir tres puertas de hierro y dos muros en las cinco entradas principales, como medida de protección contra los delincuentes que, según dicen, en las últimas semanas mataron a un guardia de seguridad, robaron un auto y asaltaron una casa.

Al conversar con los dirigentes barriales, promotores de la idea, es notorio el cambio de actitud que han experimentado ante las condiciones de inseguridad en Quito. La ciudadela Baker II se fundó entre 1968 y 1969, cuando la mayoría de los terrenos del norte de la ciudad todavía estaban despoblados. Los pioneros diseñaron las calles, construyeron una casa comunal, sembraron de árboles un parque, construyeron su propio sistema de agua potable, etc. Toda su concentración y energías estaban volcadas a la organización de la vida comunitaria, y en su léxico circulaban conceptos como minga, colaboración, adecentamiento, etc. Ahora, en cambio, intentan construir murallas, y entre sus obsesiones constan los sistemas de alarma, la vigilancia organizada, etc. Todo un imaginario de paz trocado en uno de miedo.

Cada puerta contará con un sistema de alarmas y estará vigilada por dos guardias de seguridad privados, quienes manejarán listas con los nombres de los habitantes e interrogarán a todo el que se acerque y no conste en el grupo de moradores de la ciudadela. Las puertas, según el plan, sólo se podrán abrir desde adentro, y los propietarios de vehículos tendrán un salvoconducto especial para entrar y salir. El siguiente paso será expulsar del barrio a un negocio de doble función (billar y prostíbulo) que según los dirigentes, es el foco de la inseguridad. Expulsión de gente sospechosa y autoclausura resumen el miedo en la Baker II.

Hace poco los dirigentes expusieron su plan ante las autoridades municipales, las cuales negaron el permiso de cerramiento de las calles. No obstante, los vecinos están dispuestos a llevarlo a cabo con o sin autorización. Incluso se proponen desafiar al alcalde como una acto de autonomía ciudadana para enfrentar al delito.

Ahora bien, esto no significa que los honrados ciudadanos de la Baker II estén vinculados con algún tipo de poder elitista o que sean ellos los voceros de una ideología que coloca los conceptos de orden y de paz en el centro de la utopía social. Todo lo contrario, los vecinos de esa ciudadela también son víctimas de la perversión de ese sistema excluyente. Gracias al filósofo francés Michel Foucault, sabemos que el poder está presente en todas las relaciones de dominación y que éstas atraviesan todos los ámbitos de la sociedad y de las prácticas humanas desde el trabajo hasta el sexo. La sociedad, según Foucault, es un archipiélago de poderes diferentes²⁴, donde lo importante es saber qué lugar ocupa tal o cual individuo o grupo social en las redes infinitas de ese poder. Evidentemente, los ciudadanos comunes están lejos de ocupar un lugar privilegiado, pero más lejos están los *monstruos*, que ocupan el último.

2.4. Una víctima sacrificial para restaurar el orden

Nos encontramos en un punto en el que la sensación de orden y de paz ha desaparecido y lo que reina es la violencia. En las sociedades míticas, ese momento de crisis era interpretado como un castigo de los dioses, cuya furia se debía aplacar mediante sacrificios rituales ya sea humanos o animales. Se daba paso entonces a otro tipo de

²⁴ Foucault, Michel. *Las mallas del poder* (en *Estética, ética y hermenéutica*) Paidós, Barcelona-Buenos Aires-México, 1999.

violencia, la ritual, cuyas manifestaciones de crueldad pasaban a segundo plano dado el fin que las alentaba. La violencia ritual es quizá el ejemplo más antiguo de violencia legitimada. De igual manera, el llamado a la restitución del orden en las sociedades contemporáneas exige un fuerte ejercicio de violencia, esta vez legitimada desde el poder. El destinatario de ese despliegue de fuerza restauradora es lo que la cultura popular llama *chivo expiatorio* y la sociología denomina *víctima sacrificial*²⁵.

Atendiendo al estado de movilización social de los habitantes capitalinos que reclaman *mano dura* al Estado, se puede decir que esa *víctima sacrificial* de nuestros tiempos es el delincuente y, por extensión, todo lo que se considera marginal (prostitutas, homosexuales, drogadictos, extranjeros indocumentados, migrantes pobres, etc.) y violento, cuya erradicación será el acto mediante el cual el poder restituirá el orden. Estamos entonces ante un caso en que la violencia es repudiable cuando es marginal (como la conducta del delincuente) pero es plausible cuando es oficial (como los operativos policiales que muchas veces no distinguen entre inocentes y culpables).

En la historia reciente de América Latina, la *víctima sacrificial* tiene una trayectoria que bien amerita aquí una digresión. Durante las dictaduras militares, avaladas por ideologías de derecha, estuvo representada por la figura del comunista, considerado en esos regímenes también como el *enemigo interno*, objeto de enorme represión, que dejó miles de muertos y desaparecidos especialmente en Chile, Argentina, Brasil y Uruguay. Después del derrumbe de los sistemas socialistas, el poder volvió su mirada a la figura del narcotraficante, cuyo combate sólo ha dejado unas cárceles repletas de *mulas* que

²⁵ Dejo constancia de la gran utilidad que presta la definición de *víctima sacrificial* que hace Milton Benítez en *Peregrinos y Vagabundos*....El uso que le doy aquí no es exactamente el mismo que el del autor, no obstante intento conservar la fuerza expresiva y el valor semántico de esa categoría y reconocer el mérito de la fuente de donde la he tomado.

alquilan sus estómagos para llevar cápsulas de cocaína, con el riesgo de morir instantáneamente si los jugos gástricos disuelven su mercancía. Después de los atentados del 11 de septiembre a las torres gemelas de Nueva York, la figura señalada por el poder como desestabilizadora del orden mundial es la del terrorista, con los consecuentes brotes de repudio y xenofobia principalmente contra árabes y latinoamericanos, que desde entonces son fichados y sometidos a doble interrogatorio en las oficinas de migración, en los hoteles, en los aeropuertos, etc.

Volviendo al tema del miedo en Quito, tenemos que la representación de esa *víctima sacrificial* mediante la figura del delincuente, legitima el uso de la violencia por parte del poder. No es casual entonces que la *marcha de las camisetas blancas* fuera recibida con aplausos por el alcalde y el ministro de Gobierno, y que la Policía -que pocos días atrás había reprimido con bombas lacrimógenas una pacífica marcha de las universidades- esta vez hiciera calle de honor a los manifestantes. Creemos que ninguna manifestación pública ha sido más funcional a los proyectos de un Estado represor que aquella. La gran fuerza que movilizó a esas 40 mil personas no fue la libertad, ni el progreso, ni la justicia social, sino la seguridad y el orden. O sea, el mismo discurso del poder. Toda una sociedad en busca de una *víctima sacrificial*.

Lo que el poder no dice en estos casos es que la amenaza no viene desde un lugar fuera del orden imperante, sino desde las propias contradicciones internas de ese orden, desde las desigualdades sociales que crecen cada día más en un sistema económico basado en la propiedad y en la exclusión del que no posee más que su cuerpo y su vida. La gente muere más por hambre que por asesinatos. El poder no admite sus propias perversiones y por eso las busca en los *otros*, en los excluidos, en los marginales. Entonces, y

siguiendo un razonamiento del sociólogo español José Miguel Cortés, lo que asusta del *monstruo*, además de su deformación, es su ausencia de orden²⁶. El poder persigue a los *monstruos* porque representan su propia deformación. Según René Girard, la diferencia al margen del sistema aterroriza porque sugiere la verdad del sistema, su fragilidad y su fenecimiento²⁷.

En efecto, una de las características de los *monstruos* es su deformación tanto física como espiritual. Empíricamente, el *monstruo* no existe, nadie lo conoce. Lo que existe, y todos conocemos, son sus partes. En otras palabras, el *monstruo* es un ser desconocido formado por la combinación caótica de partes conocidas. La medusa (rostro de mujer y cabellos de serpiente), el minotauro (cuerpo de hombre y cabeza de toro), el centauro (cuerpo de caballo y cabeza de hombre), la sirena (cuerpo de pez y rostro de mujer), el demonio (generalmente, mezcla de hombre, ángel y macho cabrío) y muchos más –sólo para referirnos a la mitología clásica occidental- son la representación típica de esa mezcla de elementos disímiles entre humanos y animales.

Eso en cuanto a la forma física, pero existen *monstruos* que representan la degeneración espiritual. La historia del Dr. Jekyll y Mr. Hyde, de la novela de Robert Stevenson, nos muestra a un *monstruo* enredado en sus propios laberintos síquicos; Jack, *el destripador*, de la leyenda londinense, representa la perversión moral. Pero, como dice el escritor venezolano Víctor Bravo, el caso de Frankenstein nos demuestra que el *monstruo* también puede ser víctima de la persecución y la marginación, toda vez que él

²⁶ Cortés, José Miguel. *Orden y caos, un estudio sobre lo monstruoso en el arte*, Anagrama, Barcelona, 1997

²⁷ Cortés, José Miguel, 1997 (obra citada)

no eligió las partes que lo constituyen ni su deformación²⁸. Brutalidad, inocencia y rebeldía se juntan en Frankenstein. Entonces, cada *monstruo* es hijo de dos fuerzas opuestas, la del orden que lo margina y la rebeldía que lo impulsa contra ese orden.

Hemos visto entonces cómo unos *monstruos* transgreden las normas de la naturaleza mientras que otros transgreden las de la sociedad. ¿Qué clase de *monstruo* es el delincuente, el marginal, el desadaptado de nuestras ciudades? Podemos decir que el imaginario urbano lo ha dotado de las dos características antes mencionadas. Por un lado, es transgresor de las normas sociales, en cuanto rompe las barreras de los círculos que lo condenan a la marginalidad y, con ello, violenta un estado de orden y de paz. Por otro, es el resultado de una caótica fusión de elementos correspondientes precisamente a esos círculos alejados del orden. Si en el centro está el hombre blanco, heterosexual, propietario, ilustrado y documentado, en las márgenes quedan indios, negros, homosexuales, desposeídos, ignorantes, delincuentes e indocumentados. Algunos son una mezcla de todo, es decir, la combinación caótica, cuyo resultado es el *monstruo*. Pensemos, por ejemplo, en la imagen de los migrantes y desplazados colombianos en el Ecuador, a quienes los prejuicios sociales y ciertos hechos particulares los han asociado con el narcotráfico, el terrorismo, la delincuencia, la prostitución, etc., o sea, la imagen del caos absoluto, por lo tanto, fuente de repudio y de miedo.

2.5. El imperio de la mirada, la vigilancia y el castigo

Por lo visto hasta ahora, la única relación que ha desarrollado la sociedad con sus *monstruos* es el castigo. Michel Foucault en sus investigaciones sobre la evolución del

²⁸ Bravo, Víctor. Terrores de fin de milenio: del orden de la utopía a las representaciones del caos, Ediciones El Libro de Arena, Mérida, 1999.

castigo en la historia nos muestra cómo las prácticas punitivas pasaron de los suplicios (horca, descuartizamientos, flagelaciones, etc.) a la prisión (la institución penitenciaria desligó la noción de castigo de la tortura corporal) y finalmente a la exposición pública del delincuente (el panóptico de Bentham es el paradigma de la expiación de la culpa por obra de la vigilancia)²⁹. Prácticas punitivas diferentes, pero iguales en cuanto todas representan la negación del *otro*, su anulación humana y social, su expulsión del orden.

El castigo –dice Foucault– ha pasado de ser un arte de las sensaciones insoportables a ser una economía de los derechos suspendidos. En efecto, antiguamente se encerraba a los delincuentes, ahora se los expone. La penalización antigua castigaba escondiendo (colocaba a los *monstruos* en las tinieblas de las mazmorras), la actual castiga visibilizando (los expone a la mirada y a la vigilancia). Creemos que ese imperio de la mirada y de la vigilancia en las ciudades modernas tiene estrecha relación con la economía de los derechos suspendidos de los que habla Foucault. Cámaras de televisión por todos lados, control de los movimientos. El habitante urbano es un ser vigilado.

Probablemente a ese modelo de vigilancia corresponde una fotografía publicada el domingo 31 de agosto de 2003 en el diario *El Comercio* de Quito. La foto ocupa la parte superior de las páginas centrales de la edición dominical (excepto la portada, no hay espacio más privilegiado en un diario) y en torno a ella se despliega un amplio reportaje cuyo título principal es: “*Quito se volvió más insegura y violenta*”.

La foto, seguramente tomada con un gran angular, muestra un plano general de la plaza de San Francisco, con la iglesia de estilo manierista a la derecha, las casas antiguas a la

²⁹ Una verdadera arqueología acerca de las prácticas punitivas se encuentra en: Foucault, Michel. *Vigilar y castigar, el nacimiento de la prisión*, Sigo veintiuno editores, Madrid, 1994.

izquierda y, al fondo, la Virgen del Panecillo recortada contra un cielo brumoso. En el centro y de perfil, se ve a un joven con camiseta deportiva azul con amarillo, similar a la del club Boca Juniors, pantalones claros y zapatos deportivos; lleva una chompa en el brazo izquierdo y, por su expresión corporal, se nota que tiene la intención de alejarse del lugar. Pero a todas luces no se trata de un retiro voluntario. Seis policías vestidos con uniformes *camuflage* lo rodean; cuatro de ellos llevan perros sujetos con cadenas, y uno de los animales está a escaso medio metro de las piernas del individuo. La plaza está casi vacía. Sólo un transeúnte mira tímidamente la escena desde lejos. El pie de foto dice: “*UN SOSPECHOSO PERSEGUIDO: en la plaza de San Francisco, los policías ahuyentaron a un supuesto asaltante el jueves pasado*”.

Un hombre sometido al escarnio público sin juicio previo, gratuitamente expuesto a la mirada de miles de lectores. El imperio de la mirada le suspende a este anónimo transeúnte su derecho al libre movimiento por la ciudad, lo despoja de un nombre propio bajo el calificativo de “*sospechoso*”. La carencia de nombre propio significa el retorno del hombre a su naturaleza simple de animal parlante; la mutilación del nombre es el más humillante de los despojos. La mirada vigilante desvaloriza al vigilado, le niega su humanidad. Y Quito es una ciudad vigilante. Si aplicamos el pensamiento de Foucault, podemos decir que Quito es una ciudad panóptica, como lo veremos luego.

CAPITULO 3

La crisis del Estado social y la imposición de modelos disciplinarios

“Los milagros obrados por magos capitalistas, marxistas o económicamente mixtos fueron espejismos. Se han evaporado. En cambio, la vida urbana en Iberoamérica es el espejo fiel de una situación generalizada de injusticia económica y deformación social”

(Carlos Fuentes)

3.1. La violencia social o estado de violencia

Violencia es una palabra polisémica que sirve para designar tanto la agresión física como la coerción psicológica; la convulsión política como la desposesión económica; la restricción de derechos como la negación cultural; la reducción de los espacios habitables como el encierro forzado. La sociedad contemporánea está atravesada por infinitas modalidades de violencia. Pero lo que nos interesa ahora es abordar este concepto en su relación con la propiedad, base del sistema capitalista vigente y objeto de disputas en todo nivel. En ese contexto, la violencia viene a ser una forma extrema de relación social, de lucha por la posesión, determinada por unas condiciones materiales de existencia y por la capacidad de los seres humanos de responder a esas condiciones.

Pero reducir el origen de la violencia sólo a la confrontación de los que tienen con los que no tienen sería plantear el problema de manera demasiado simplista y reducirlo a una explicación material bastante usada. Contra ese riesgo nos alerta el comunicólogo

brasileño Muniz Sodré cuando plantea que la violencia no puede ser entendida únicamente en términos metafísicos (el mal absoluto) ni sociológicos marxistas (lucha de clases), sino como el resultado de un modo de organización social en crisis.

Ahora bien, crisis también es una palabra con múltiples significados, pero para nuestra argumentación la vamos a definir como la ruptura de los marcos referenciales según los cuales los miembros de una sociedad alcanzan el consenso. Esa ruptura, que sumerge a los individuos en la inestabilidad, en la desorientación, les impide ubicar con precisión su lugar social, y les dificulta la tarea de articular pensamiento y acción. En otras palabras, la crisis es ese estado en el que los miembros de una sociedad sienten que han perdido los instrumentos idóneos para intervenir en determinada realidad, y lo único que les queda es desarrollar reflejos defensivos y de sobrevivencia.

De acuerdo con ello, podemos decir que la violencia es el resultado de varias crisis: estructurales (débil representación política, ingobernabilidad, desigualdad económica, pobreza, etc.), institucionales (corrupción, ineficiencia, insensibilidad, etc.) y circunstanciales (uso de armas, consumo de drogas, estados emocionales, etc.), es decir, un estado de cosas que provoca una respuesta, un impulso defensivo individual o grupal. A ese estado de cosas lo podemos llamar violencia social o estado de violencia³⁰, denominaciones que utilizamos aquí de manera aleatoria.

Podemos decir entonces que la lucha por la posesión, que se expresa en actos desestabilizadores del orden, como robos, asaltos a mano armada, secuestros, etc., sólo

³⁰ La principal utilidad de este concepto radica en la superación de explicaciones doctrinarias acerca de la realidad social. En su lugar, permite la apertura hacia nuevas formas de comprensión. El sustento que le doy aquí con la mención de las diferentes formas de crisis no es el mismo que le da Muñoz Sodré en su explicación de la realidad brasileña, lo cual ratifica su desvinculación doctrinaria. Para una mayor exploración en el tema, consultar: Sodré, Muniz. *Sociedad, cultura y violencia*, Norma, Bogotá, 2001.

explica una parte del problema, o sea la acción de unos individuos contra otros con fines de apropiamiento de ciertos bienes materiales o valores económicos. La otra parte tiene que ver con una percepción del deterioro de las condiciones de vida, con la constatación de que el ejercicio de ciudadanía es cada vez más limitado y de que la ciudad se torna día a día en un espacio menos habitable y menos confiable. La primera es violencia explícita, cuyo escenario por lo general es la calle; la segunda es latente y tiene lugar en la psicología colectiva. La suma de las dos da como resultado el estado de violencia, cuyo correlato es el miedo, o sea la manifestación emocional de un estado de vulnerabilidad e indefensión, agravado por el palpito de que no existe pronto remedio.

Lo dicho se puede ejemplificar mediante los datos de un estudio presentado hace poco por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO)³¹, según el cual, en 1998 en el Ecuador se concedieron 6.085 permisos de tenencia de armas, mientras que en el 2000 la cifra subió a 13.636, más del doble. El mismo estudio revela que el porcentaje de permisos de importación es menor que el de permisos de tenencia, lo cual indica que la ciudadanía está consiguiendo sus armas en el mercado ilegal. Cabe aclarar que el permiso de tenencia no faculta al poseedor de un arma a hacer uso de ella, pero en la práctica, excepto los coleccionistas, nadie compra un arma si no es con intención de usarla. De igual manera, se señala que hasta el año 2000 había 350 compañías de seguridad privadas y 243 en proceso de constitución, lo cual, según el informe, revela un acelerado crecimiento de esas compañías sin contar con las que operan de manera informal, pero que revelan el mismo síntoma: búsqueda de seguridad por fuera de la oferta estatal.

³¹ Una descripción en cifras del fenómeno de la violencia se encuentra en: Arcos, Carlos; Carrión, Fernando; Palomeque, Edison. *Informe Ecuador, seguridad ciudadana y violencia*, Flacso, Quito, 2003.

Este vuelco de los comportamientos ciudadanos hacia la búsqueda de seguridad mediante la autodefensa armada, la contratación de seguridad privada y, en casos extremos, la justicia por mano propia, revela que el Estado, en su concepción liberal moderna, ha perdido su función de garante de la paz, es decir, la retórica positivista del progreso y el desarrollo se encuentra seriamente afectada. Se ha roto lo que J.J.Rousseau llamaba el *contrato social*, que consiste en asociarse los individuos unos con otros para responder al interés colectivo y entregarle al Estado el poder omnímodo para que se constituya en el aglutinador de la voluntad general³². Toda una retórica basada en la confianza en el ente estatal, que se ha desvanecido hasta desaparecer.

Esa pérdida de confianza pasa tanto por lo productivo como por lo social; afecta lo mismo al propietario como al desposeído. Eso significa entonces –retomando la idea principal de Sodré- que existe una estrecha relación entre violencia y frustración, donde la intensidad de la primera depende del tamaño de la segunda, y donde la sobrevivencia de cada quien depende de su capacidad de agredir al otro antes que éste lo agreda primero. A ese modo de vida que impera en nuestras urbes se llama violencia social.

Dicho de otro modo, la violencia también es una demanda social de derechos, que se expresa en unas acciones, en unos clamores, provenientes tanto del centro (llamados a la conservación del orden) como de las márgenes sociales (intentos desesperados de apropiación). La violencia es el síntoma de la crisis del Estado social y la expresión del Estado represor, toda vez que el poder no ha mostrado otra manera de solucionar las contradicciones sociales que no sea mediante la imposición de modelos disciplinarios basados en actos de fuerza. La sociedad disciplinada, vigilante, represora, se presenta

³² Rousseau, Jean Jacques. *El contrato social*, (sin sello editorial ni fecha de edición)

entonces –en palabras de Michel Foucault- como el modelo a recuperar y conservar³³.

La represión es un ingrediente más del estado de violencia, con lo cual la vieja y conflictiva dicotomía entre ricos y pobres se desplaza ahora hacia la perversa relación entre gobernantes y gobernados, entre Estado y sociedad civil.

Ahora bien, ¿en qué consiste la imposición de modelos disciplinarios en las urbes contemporáneas, escenarios privilegiados de la violencia? En relacionar la prevención del delito y de la inseguridad pública con el aumento de fuerzas represivas y sistemas de control, mas no con políticas de desarrollo y de mejoramiento de las formas de vida. Esto tiene su origen en la concepción positivista del Estado moderno según la cual éste se arroga para sí el monopolio de la violencia bajo el argumento de ejercerla de modo legítimo y necesario. Por lo visto hasta ahora, los modelos disciplinarios con mayor vigencia en ciudades como Quito son: la delimitación de espacios, por un lado, y la vigilancia, por otro. La primera tiene que ver con un impulso ciudadano de conservación de la propiedad mediante el cerco y la represión a la delincuencia (actos como la *marcha de las camisetas blancas*); y la segunda, con una voluntad estatal de controlar los movimientos ciudadanos a fin de discernir lo que es bueno o malo para la sociedad (como el sistema *Ojos de águila*).

No podemos decir que esas dos expresiones disciplinarias expliquen de manera total la trama del miedo en Quito, pero sí que son lo suficientemente representativas del actual estado de cosas. Si nos remitimos a Foucault, encontraremos que lo que ocurre en esta ciudad tiene enorme relación con sus conceptos de vigilancia y panoptismo.

³³ Foucault, 1994 (obra citada en el capítulo 2)

3.2. De la utopía de la equidad a la *pastoral de seguridad* (la *marcha de las camisetas blancas*)

Según el noticiero *Contacto Directo*, de *Ecuavisa*, eran 30.000; la nota del diario *El Comercio* decía que eran 50.000; según nuestro cálculo llegaban a 40.000 las personas que salieron el 11 de diciembre de 2002 a las calles de Quito a exigir a las autoridades mayores garantías de seguridad y, sobre todas las cosas, *mano dura* contra la delincuencia.

Todo comenzó un mes antes, con el asesinato de Verónica Cordobés, una joven de 19 años, nieta de Fausto Cordobés Chiriboga, ex ministro de Defensa e importante empresario. El crimen y sus posteriores demandas de justicia tuvieron amplio despliegue en los medios de comunicación. Fue entonces cuando comenzó a organizarse la marcha desde el púlpito de la Iglesia de Nuestra Señora de Fátima. El padre Fernando Rea y varios feligreses, en una inédita incursión pastoral, fundaron la Corporación Acción Ciudadana por la Vida y la Seguridad (AVISE) y promovieron la manifestación con el nombre de *marcha de las camisetas blancas* con un recorrido de cinco kilómetros desde el parque La Carolina hasta el parque El Arbolito.

Fue una manifestación inédita, con una impresionante cobertura de los medios masivos, que le dedicaron tomas aéreas en la televisión y portada en los diarios. La Policía, tradicionalmente represiva con toda manifestación pública, esta vez ofreció protección a los marchantes, prácticamente hizo una calle de honor hasta El Arbolito donde los esperaban con aplausos el alcalde de la ciudad y el ministro de Gobierno. Hubo un gran

derroche simbólico, cuyos pedacitos intentaremos juntar para reconstruir el sentido de esa manifestación pública.

En primer lugar, el significado del color: *camisetas blancas*. Culturalmente, lo blanco está asociado con lo puro, lo bueno, lo incontaminado, lo amable, en oposición a lo negro, ligado con lo sucio, lo malo, lo degenerado, lo peligroso. Quizá por ello ninguna de las organizaciones afroecuatorianas de Quito recibió una invitación a participar. Tampoco se invitó a las organizaciones de derechos humanos y, más bien, uno de los organizadores dijo frente a las cámaras: *“La marcha es para pedir al gobierno seguridad y mano dura, pero sobre todo, es para advertir a los mal llamados grupos de derechos humanos, que solo defienden a los delincuentes...”*.³⁴

En segundo lugar, las siglas AVISE contienen un mensaje explícito: *avise* quiere decir *delate* y *delate* quiere decir *vigile a su prójimo, desconfíe de él*. Es un claro llamado a conformar una sociedad de delatores. Históricamente existen muchos ejemplos de ello, como lo que pasó en sociedades como la Unión Soviética stalinista o la Alemania nazi, donde se inculcaba a los niños el deber de delatar incluso a sus propios padres aunque sólo fuera por una sospecha. El Estado, ante su incapacidad de garantizar buenas condiciones de vida para la población, alienta a cada ciudadano a ser el vigilante de su vecino, le enseña a ver en cada transeúnte a un enemigo potencial, con lo cual le quita posibilidades de divisar otros horizontes políticos, otras luchas y reivindicaciones. El miedo también limita políticamente a las sociedades.

³⁴ Guillermo Molina en entrevista con el periodista Carlos Vera de *Ecuavisa*

Finalmente, los que participaron en la marcha lo hicieron convencidos de que estaban ejerciendo un derecho ciudadano. Y es cierto. Nada más irrefutable que el derecho a pronunciarse en las calles en defensa de las propias convicciones. Sólo que eso pone en evidencia la mutación de las prácticas sociales en las últimas décadas. De la utopía de la justicia social y la equidad de los sesenta y setenta, pasando por el paradigma del mercado en los ochenta y noventa, llegamos a la obsesión por la seguridad en la actualidad. Ni la privatización del petróleo, ni la destrucción de la Amazonía, ni el bandillaje en las aduanas, ni la corrupción en las cortes, ni los desatinos del gobierno respecto al Plan Colombia han merecido una manifestación pública del tamaño de la que se dio en contra de la delincuencia y la inseguridad.

Las utopías sociales se diluyen y cobran fuerza los discursos disciplinarios, como el de los organizadores de la marcha. Aquí presentamos una entrevista con el padre Fernando Rea, párroco de la Iglesia de Nuestra Señora de Fátima y uno de los principales voceros de ese movimiento ciudadano. El padre Rea acaba de acuñar un nuevo término eclesiástico: *la pastoral de seguridad* a la que se han adscrito miles de devotos.

P. *¿Cuál es su percepción acerca de la violencia e inseguridad en Quito?*

R. Según los últimos informes, la delincuencia ha aumentado, y el número de delincuentes extranjeros es muy alto, con un mayor porcentaje de colombianos, aunque los hay de otras nacionalidades, que vienen a delinquir acá con mucha libertad. Creo que el nivel de inseguridad en Quito, Guayaquil y otras ciudades ha aumentado pese al gesto que realizamos con la *marcha de las camisetas blancas*, que fue una expresión social, comunitaria, citadina de rechazo no sólo a la delincuencia sino también al *quemeimportismo* de las autoridades. Ahora, sacando un balance, yo pienso que sí

hemos logrado una reacción, especialmente del Municipio y la Policía, aunque no de las altas instancias como del Ministerio de Gobierno.

¿Eso significa, según usted, que el nivel de inseguridad tiene relación directa con la presencia de extranjeros en la ciudad?

Es uno de los principales factores. El ingreso de delincuentes especializados con nuevas técnicas y última tecnología en cuanto a métodos de delincuencia, robos, secuestros, es obra de gente extranjera.

¿Hasta dónde cree usted que le corresponde al Estado y hasta dónde a la sociedad civil intervenir en el control de esa situación?

Yo diría que en un cincuenta por ciento cada uno, porque no todo el peso le vamos a echar a la Policía ni al Municipio. Ahora, yo creo que es muy importante la conciencia ciudadana, el cambio de mentalidad, el saber que, al menos los que ya tenemos más de tres décadas de existencia, hemos visto un cambio en la ciudad en cuanto a la peligrosidad. Ya no se puede tener las costumbres que se tenía antes, como andar uno tranquilo por la calle, dejar el carro estacionado en cualquier lado, estar tranquilamente en la casa sin seguridades. Ya no hay cómo. Entonces debe haber un cambio de actitud, de mentalidad, de cultura, de prevención. Prevenir antes que lamentar es el lema. En definitiva, adquirir nuevos hábitos de seguridad personal y familiar.

¿Esos nuevos hábitos incluyen ese aparato...?

(En la oficina del Padre, junto al escritorio lleno de papeles y documentos de la parroquia, hay un monitor conectado a un circuito de cámaras de televisión, mediante el

cual se puede mirar los alrededores de la iglesia así como la entrada y salida de personas)

Claro, todo lo que sea tecnología, todo lo que esté a nuestro alcance es importante, al igual que las compañías de seguridad privadas.

Hablando de nuevos hábitos ¿Cómo cree que ha cambiado la sicología ciudadana en este aspecto?

Hay un gran temor, un miedo que antes no había. Quienes hemos sido ya víctimas de asaltos o robos hemos quedado traumatados. Entonces uno aprende y enseña a los demás a no ser descuidados y a tomar precauciones.

La marcha de las camisetas blancas fue una expresión de preocupación ciudadana, pero ¿no cree usted que con este tipo de manifestaciones se afianza una tendencia a convertir a cada ciudadano en un policía o en un vigilante a tiempo completo, lo cual podría desembocar en acciones de represión violenta que se salgan de control?

Bueno, se puede caer en una guerra civil, en la que realmente la ciudadanía se arme. No hay que llegar a ese extremo, pero sí necesitamos convertirnos en policías cada uno, en el sentido de cumplir las leyes y educar con el ejemplo. Si uno ve que alguien está descuidando la seguridad de su casa o su auto, decirle: ¡Eh, señor, cuídese...! Yo creo que debemos cooperar entre todos. Justamente hoy me gustó la noticia de que el Municipio va a capacitar a los profesores municipales para que impartan conocimientos de seguridad a sus alumnos. Eso es lo que queremos desde nuestra gestión eclesial. Fue una gran aventura iniciar una pastoral de seguridad.

¿De dónde nace su interés por la seguridad?

En la misa de cuerpo presente de una chica asesinada (Verónica Cordobés, en noviembre de 2002). A mí me nació la inspiración en ese momento de que no debemos solamente rezar por las almitas de los que han muerto. Claro que hay que hacerlo, por supuesto, pero hay que evitar que maten a la juventud y a todos nosotros. Es decir, hay que cuidar las almas y los cuerpos de esas almas.

Una de las consignas de la marcha de las camisetas blancas fue mano dura contra la delincuencia, pero ¿es sólo cuestión de mano dura? ¿no debería pedirse otro tipo de acciones más bien relacionadas con el desarrollo social?

Bueno, la exigencia de *mano dura* no fue consigna nuestra, sino recordar los Diez Mandamientos, no robarás, no matarás...etc.

Probablemente no fue consigna de los gestores, pero el grueso de la manifestación difundió esa idea de mano dura

Hubo gente infiltrada que pedía muerte para los ladrones. Esa no es una postura eclesial.

También se lanzaron consignas contra los grupos de derechos humanos ¿cuál es su opinión al respecto?

Pienso que por defender los derechos humanos de los presos hay toda una legislación a favor de los delincuentes. El doctor Enrique Echeverría tiene un estudio donde hay nueve argumentos para que una persona que está acusada de un robo, de un atraco, salga libremente con mucha facilidad. La ley está equivocada en muchas cosas, porque ampara al delincuente. Por ejemplo, cuando no hay una acusación rápida para el que está preso, sale libre.

¿Después de la marcha ha visto algún cambio al respecto?

A nivel del Municipio creo que hubo una buena reacción. Aunque a mucha gente no le gusta, pero se creó un impuesto para seguridad. La policía también lanzó un proyecto nuevo llamado Unidades de Policía Comunitaria (UPC). A nivel de la legislatura también se eliminó el artículo que facilitaba que salgan los presos. Pero respecto al Gobierno central no ha habido mayor cosa.

Entonces hay cambios en la legislación, ¿y en la vida cotidiana?

Nosotros no ofrecíamos milagros, lo que hicimos fue llamados a la conciencia de la gente para que se organice. Yo creo que los comités de seguridad barriales han crecido, se han desarrollado, se han programado bien en distintos sectores. Fue una expresión importante decir a los cuatro vientos estamos cansados. Y eso para todo el que nos escuche, ya sean los ladrones, los asesinos, la policía, las autoridades o el resto de ciudadanos. Hubo entre 50 y 70 mil personas ese día, un río de gente, y eso ya fue un gran logro.

Ahora, ¿no le parece que la preocupación por vigilarnos unos a otros nos limita para pensar en otros temas, para ejercer políticamente otras aspiraciones como la justicia social, etc. ?

Es que no puede haber desarrollo, paz ni justicia social si no hay seguridad. Si logras tener un auto, una casa, una empresa, un negocio, y de pronto te asaltan, y desaparece todo el fruto de tu esfuerzo, de qué desarrollo vas a hablar. Entonces yo creo que uno de los requisitos que, incluso a nivel de inversión internacional piden las entidades, es la seguridad. Si los empresarios buscan inversión debe haber seguridad.

¿Entonces su posición es a favor del orden, la tranquilidad, la seguridad?

Sí, y creo que en eso la Policía tiene que hacer lo suyo y, si es necesario, también las Fuerzas Armadas.

¿Entre un Estado social y un Estado represor cuál prefiere?

Los dos, es decir, un punto de equilibrio. Entiendo que una de las causas de la delincuencia es la falta de trabajo, que hay gente desesperada que tiene que robar, pero no lo justifico. Pero también hay mafias organizadas de delincuentes que tienen mucho dinero. Eso es otra cosa. Hay otros niveles de delincuencia como el de las bandas de jóvenes que roban por placer, por maldad, por drogas, por dinero para sus lujos. Eso no puede ser.

¿Entonces cree que se delinque también por maldad y que el mundo está organizado en buenos y malos?

Sí, sí, por supuesto. Hemos visto casos de crueldad, de asesinatos sin razón. Si no les das la llave del carro, te disparan.

¿Eso significa que las causas rebasan el aspecto socioeconómico?

Claro, ahora tampoco es cuestión de ser sólo un estado *chapa*, pero hay que promover toda inversión que se haga para dar seguridad y estabilidad a los hogares, al comercio, a los inversionistas, etc.

La marcha tuvo un importante contenido simbólico, ¿no cree que se puede interpretar lo blanco como lo bueno en oposición a lo negro relacionado con lo malo?

No hubo nada de racismo. Lo blanco significa sin mancha. Yo creo que la delincuencia es una mancha social, una mancha que deja traumas psicológicos.

Pero lo blanco es lo opuesto a lo negro...

Negro en el sentido de una conciencia negra. Hablamos de limpieza moral. Yo creo que sí es necesario y que queda bien ese símbolo de blancura. Estamos en un país corrupto, manchado, con conciencias negras, conciencias grises. Se habla simbólicamente de un fondo blanco, no es cuestión racial.

Sólo quería hacer notar el peligro de esa simbología...

Yo creo que no hay peligro. Lo que sí hay que preocuparse es por qué las cárceles están llenas de negritos. Y siendo muy realistas, si vas a la Cárcel de Mujeres, al ex Penal García Moreno, a la Cárcel 2, etc. hay muchos negros y negras, por la situación del Chota, la situación de Esmeraldas, porque son utilizados o se prestan para ser mulas de tráfico de drogas.

El esquema disciplinario promovido en esta marcha es el del bloqueo que consiste en delimitar espacios, levantar barreras para detener el mal. El mismo principio que se aplicaba en las ciudades medievales para detener la peste o expulsar a los leprosos. La inseguridad actual es la metáfora de la peste medieval. La cuarentena de los habitantes de ese entonces es el encierro forzado de los ciudadanos actuales. El mismo impulso disciplinario. La misma sensación de miedo. Una nueva marcha se prepara para

diciembre de 2003, pero esta vez no será durante un día, sino que habrá manifestaciones durante toda una semana, a la que los organizadores denominarán la *semana blanca*.

3.3. Quito, una ciudad panóptica (el sistema *Ojos de águila*)

El 24 de junio de 2002 por la mañana murió Alejandra Caba, una niña de ocho años, atropellada por un vehículo policial, mientras caminaba por las calles Chile y Cuenca, en el centro histórico de Quito. Los vecinos del sector dicen que el conductor estaba en estado de ebriedad y así lo sostiene la denuncia que un funcionario municipal presentó al alcalde de Quito, Paco Moncayo. Lo que llama la atención de este caso es que las dos cámaras del sistema *Ojos de águila*, ubicadas en las esquinas de Chile y Cuenca y, Chile y García Moreno, no registraron el hecho pese a que están programadas para un monitoreo constante las 24 horas del día y tienen un ángulo de movimiento de 180 grados, por lo que resulta imposible que un hecho así se quede fuera de su enfoque³⁵. Pocas semanas después, una cámara del mismo sistema ubicada en la plaza de San Francisco tampoco registró una gresca entre policías nacionales y guardias metropolitanos, producto de la rivalidad que existe entre esos dos estamentos del orden.

Mencionamos estos dos episodios porque a partir de ellos podemos plantearnos las siguientes preguntas: ¿Hay alguien en algún lugar que decide lo que esas cámaras deben o no registrar? ¿Significa que algo parecido a la sombra de un *Gran Hermano* manipula los mecanismos de vigilancia y clasifica los hechos en buenos y malos, convenientes e inconvenientes? ¿Actúa de la misma manera con todas las personas y todas las conductas? Estamos ante una de las perversiones del sistema disciplinario de la

³⁵ El caso no ha sido desmentido por la Policía, pero tampoco ha prosperado judicialmente. El diario *Ultimas Noticias* le dio un despliegue importante en su edición del 30 de julio de 2002. Existe un informe en el Municipio de Quito.

vigilancia y el panoptismo, que permiten al observador jerarquizar, calificar, validar o invalidar los actos de las personas observadas.

En su recuento de la evolución de las instituciones penitenciarias, Michel Foucault coloca en el centro de sus reflexiones el Panóptico de Bentham que, en resumen, se trataba de una construcción en forma de anillo, en cuyo centro estaba una torre igualmente circular, desde cuyas ventanas cubiertas con persianas se podía mirar completamente las celdas distribuidas en el círculo que rodeaba a la torre central. Las celdas tenían dos ventanas, una dirigida hacia la torre y otra hacia el exterior del edificio, de modo que la luz las atravesaba por completo y exponía a su ocupante a la mirada de cualquier persona ubicada en la torre central. Este modelo significó una ruptura del concepto penitenciario anterior, que refundía a los condenados a la oscuridad de las mazmorras, por uno que los sacaba a la luz pública. El Panóptico de Bentham –dice Foucault– exponía a los presos a una soledad secuestrada y observada, a la trampa de la visibilidad, porque incluso cuando no existía nadie en el puesto de observación, los ocupantes de la prisión sentían el peso de la mirada omnipresente, inverificable pero inflexible de la vigilancia.

El plan *Ojos de águila*, que funciona en Quito desde abril de 2002³⁶, es una versión actual de la obsesión vigilante de Bentham, ya no en una prisión sino en una ciudad. Consiste en 180 cámaras de televisión ubicadas en las principales avenidas de la ciudad y en sitios estratégicos como las terminales terrestre y aérea, las plazas del centro histórico y los lugares de mayor concentración de personas. Las cámaras son manejadas a distancia desde la Central Metropolitana de Atención Ciudadana, a cargo de la Policía

³⁶ El modelo es una adaptación para esta ciudad de sistemas similares que operan en otras ciudades latinoamericanas. En este caso, se contó con la asesoría de expertos colombianos de la ciudad de Medellín, considerada una de las más violentas del mundo.

y el Municipio (lo cual ha generado varias discrepancias entre las dos instituciones), y cuya función es detectar los movimientos sospechosos de los transeúntes y ordenar el despliegue de un contingente policial hacia el lugar, o recibir llamadas de auxilio y enviar personal uniformado dentro de los siguientes cinco minutos, para lo cual cuenta con 210 unidades de Policía Comunitaria distribuidas en toda la ciudad. En los últimos meses, el noticiero *24 horas*, de *Teleamazonas*, incorporó un segmento con imágenes del sistema *Ojos de águila*, según dicen, para guiar a los conductores.

Se cumple con ello el principio fundamental del panoptismo: ver sin ser visto. Con ello, la mirada adquiere otra dimensión. De registro del mundo objetivo se convierte en análisis del mundo como ideal, en el que todos los individuos están perfectamente localizados, sus movimientos controlados, para que la mirada vigilante discierna entre una multitud de binarismos: buenos-malos, vivos-muertos, sanos-enfermos, normales-anormales, peligrosos-inofensivos. Un modelo basado en la infalibilidad del que se oculta para observar. La población sometida a un escrutamiento eterno, con todo el juego de inclusión-exclusión que eso significa. Foucault dice que el sistema panóptico rebasa el aspecto meramente arquitectónico de la prisión diseñada por Bentham y se convierte en un nuevo diagrama del poder basado en su forma ideal de funcionamiento, o sea una figura de tecnología política que intensifica y perfecciona el ejercicio del poder de dos maneras: reduce el número de los que lo ejercen y aumenta el número de aquellos sobre quienes se lo ejerce. Regar ese modelo disciplinario a todos los campos y escenarios de la vida social, como escuelas, fábricas, supermercados, cuarteles, etc., es un proceso simultáneo y verificable.

Ya se encuentran en el mercado sistemas de vigilancia caseros que graban todo lo que ocurre dentro de un domicilio y envían las imágenes vía *internet* al dueño de casa en cualquier lugar de la ciudad o del mundo. En opinión de expertos de la Politécnica Nacional, en el Ecuador es difícil que se generalice el uso de ese sistema puesto que el sistema de comunicaciones no es lo suficientemente rápido³⁷. No obstante, existen empresas que ya lo comercializan en nuestro medio, con lo cual la vigilancia se instala como principio regulador de las actividades incluso en el espacio doméstico. Y todo bajo el argumento de la seguridad y de lucha contra la delincuencia.

Ese mismo argumento de la seguridad, pero contra el terrorismo, se utiliza a nivel mundial para consolidar la vigilancia como instrumento de control político de consecuencias todavía inimaginables aunque sí predecibles en un futuro cercano. Hagamos un paréntesis para referirnos a ello.

El director de *Le Monde diplomatique*, Ignacio Ramonet, denuncia en un artículo reciente³⁸ la existencia en manos del gobierno de Estados Unidos de un sistema de espionaje ilegal que consiste en un fichero electrónico con los datos personales (dirección, teléfono, cuenta bancaria, matrícula de vehículo, etc.) de 65 millones de mexicanos, 31 millones de colombianos y 18 millones de centroamericanos. El paquete informático –dice Ramonet– ha sido proporcionado al gobierno de ese país por la empresa Choice Point, la misma que fue contratada para reorganizar las listas electorales cuando triunfó de manera sospechosa el actual presidente George W. Bush. Al parecer, dentro de poco, todos los latinoamericanos estaremos fichados en Washington. Este sistema de vigilancia total rebasa el ámbito físico de las ciudades y las

³⁷ Diario Hoy, 31 de agosto de 2003

³⁸ Ramonet, Ignacio. *Vigilancia total* (en *Le Monde diplomatique*, agosto de 2003, edición chilena, *on line*)

personas y se introduce en el ámbito privado, en la información íntima, e incluso en el pensamiento. En el mismo artículo, Ramonet habla de un sistema manejado por el FBI mediante el cual se exige a las bibliotecas que entreguen las listas de libros y sitios de *internet* que consultan los usuarios, a fin de trazar un perfil intelectual de los lectores. Esa posibilidad de rastrear en su totalidad a cada individuo –dice Ramonet- significa que el *Gran Hermano* ya ha sido superado.

Pero volviendo al tema local de la vigilancia pública, vemos que uno de los privilegios del panoptismo ejercido desde el poder es la posibilidad de neutralizar las acciones del contrapoder. En este juego entre vigilante y vigilado, el resultado se decide de antemano, porque el vigilado es objeto de información y no sujeto de comunicación. Toda posibilidad de cuestionamiento o de rebeldía queda anulado, negado desde su intención. El panoptismo también puede regularse a sí mismo –dice Foucault- cuando el poder decide quién tiene acceso o no a la observación y qué mirada le es más funcional.

Ahora sí podemos explicarnos por qué desaparecieron de los registros del sistema *Ojos de águila* los videos del atropellamiento y muerte de Alejandra Caba así como de la pelea entre las fuerzas del orden pocas semanas después.

CAPITULO 4

Violencia y prácticas sociales

“La ciudad es más yo mismo que yo: desde antes que yo naciera todo ha ido conspirando para irme formando a su manera (...) La ciudad me rige y me protege: vivir no es crear ni inventar sino aprender a cumplir ciertas normas”

(José Joaquín Blanco)

4.1. Estrategias para habitar la ciudad

Generalmente asoman al anochecer, a esa hora ambigua entre clara y oscura, en que resulta difícil distinguir los colores porque ni el sol se oculta por completo ni la oscuridad llega entera. Lo más visible son las luces de los semáforos en las esquinas. Y hacia allá van los *tragafuegos*, armados con antorchas de trapos empapados de diesel, a jugarse el rostro, la laringe y los pulmones en el espeluznante acto de escupir bocanadas de combustible para lograr un arco de fuego, deslumbrante en el crepúsculo, que se desprende de sus labios y dura en el aire lo que dura el soplo del arriesgado adolescente. Como recompensa obtienen unas cuantas monedas que los conductores les alcanzan por las ventanillas a medio bajar, no tanto como colaboración, sino para que despejen la vía. Los *tragafuegos* se incorporaron hace pocos años al paisaje urbano de Quito, algunos provenientes de otros países, y otros de barrios marginales o de provincias.

Hemos dicho al inicio de esta investigación sobre violencia urbana y miedo que la ciudad es la suma de todas las informaciones posibles y, frente a esa avalancha

simbólica los habitantes generan respuestas, actitudes, estrategias, determinadas por la noción de ciudad que cada quien se ha formado. La actitud del *tragafuegos* y la del conductor ilustran claramente lo dicho. Para el primero, la esquina representa la posibilidad de sobrevivencia mediante el ejercicio de una destreza adquirida con sacrificio. La ciudad no existe sino como espacio de riesgo, con lugares y tiempos marcados, porque el *tragafuegos* no ejerce en cualquier lugar ni hora, sino en las esquinas entre las seis de la tarde y las nueve de la noche. Fuera de eso, este representante de las márgenes sociales no existe. Para el conductor, en cambio, la esquina es el lugar de precaución donde no puede descuidarse ni dar ventaja. La luz roja lo desespera y más aún cuando tiene por delante a un muchacho bañado en combustible la cara y el pecho, con la intención de pedirle dinero. Por eso baja la ventanilla y saca las monedas como estrategia para que el *tragafuegos* se aparte y poder continuar. Para el conductor, la ciudad es un espacio de afirmación personal mediante el ejercicio de una destreza gratamente adquirida, con la posibilidad de ejercerla en cualquier momento y lugar. La esquina es sólo un molesto episodio en su camino a casa.

Tanto el *tragafuegos* como el conductor ejercen sus respectivas estrategias para habitar la ciudad, pero determinadas por dos maneras diferentes de ser y estar en el mundo. El sociólogo francés Pierre Bourdieu nos ofrece un clarísimo panorama para entender las prácticas sociales mediante los conceptos de *campo* y de *habitus*, que forman la parte medular de su teoría sociológica³⁹. Aquí los tomamos como categorías de análisis porque, al fin y al cabo, el acto de habitar la ciudad es precisamente una práctica social.

³⁹ *Campo* y *habitus* no son conceptos inventados por Bourdieu, más bien provienen de la tradición sociológica y de la filosofía clásica respectivamente. Sin embargo, el uso que éste les da en la interpretación de los fenómenos sociales permite renovar las visiones anteriores, especialmente de origen marxista, acerca de las desigualdades sociales. Bourdieu no renuncia al marxismo, pero rompe con la premisa de que las desigualdades sociales se evidencian sólo en el lugar que ocupan los sujetos en el proceso de producción, y desvía la mirada hacia el lugar que ocupan en el proceso de consumo, o sea la

El *campo*, según Bourdieu, es un estado de cosas en el que convergen diferentes sujetos sociales dispuestos a disputarse un capital (material o simbólico) en juego. Quienes intervienen en esa disputa están concientes de su posición respecto al volumen del capital y sus posibilidades frente a los contrincantes. Unos tienen más, otros menos, y otros nada. Todos saben que existen ciertas reglas de juego y, de acuerdo a su posición, deciden cómo las usan a su favor, cómo las respetan o cómo las transgreden. Para que exista un *campo* deben existir sujetos dispuestos a intervenir en él y poner en juego un capital con el fin de optimizar al máximo sus beneficios. Según Bourdieu, existen varias clases de capital: económico, cultural, social y simbólico, aunque sostiene que el económico y el cultural tienden a imponerse sobre los otros. Por ahora, no entraremos a comprobar esa supremacía, más bien lo que nos interesa es constatar cómo la vida en la ciudad se rige por esa puesta en juego, por ese riesgo constante de ganar o perder.

El *campo*, según otras interpretaciones, es un conjunto de posiciones y de relaciones entre posiciones, es decir, un estado de las relaciones de fuerzas entre quienes se disputan el capital en juego⁴⁰. En el *campo* político, por ejemplo, el capital que maneja el presidente de la República es distinto del que maneja el dirigente de un movimiento social en cuanto a la toma de decisiones que afectan al conjunto de la sociedad. En el *campo* religioso, el capital que ostentan los pontífices es distinto del que poseen los curas de barrio en cuanto a su papel de salvadores de almas. Y así funcionan otros *campos* como el artístico, el académico, el deportivo, el científico, etc. Entonces –dice

manera de usar los bienes en su dimensión cultural y simbólica. Una aplicación exhaustiva de esos conceptos se encuentran en: Bourdieu, Pierre. *Sociología y Cultura*, Grijalbo, México, 1990.

⁴⁰ Un estudio pormenorizado del pensamiento sociológico de Bourdieu lo realiza Alicia Gutiérrez. Consultar: Gutiérrez, Alicia. *Pierre Bourdieu: las prácticas sociales*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1994.

Bourdieu- en cada *campo* se produce una lucha entre la distinción de los que tienen y la pretensión de los que aspiran a tener⁴¹.

Ahora bien, en un enorme mercado (material y simbólico) como es la ciudad, la noción de *campo* nos ayuda a vislumbrar la posición de los diferentes sujetos sociales y la clase de capital que ponen en juego en su deseo de apropiarse, de usar en su favor, en definitiva, de habitar estratégicamente el espacio urbano. Cada quien pone en juego su capital, de cualquier naturaleza que sea, y la interferencia con el de otros produce la violencia. El conductor no actúa en el mismo *campo* que el *tragafuegos* ni le disputa el mismo capital, pero los dos se interfieren cuando los sentidos que han construido, cada uno por su lado, chocan en una esquina. Los dos tienen diferentes estrategias de habitar la ciudad que casi nunca coinciden. Y entre ellos se produce una serie de equívocos. El *tragafuegos* cree que divierte al conductor, cuando en realidad le obstruye el camino. El conductor cree que colabora con el *tragafuegos* al darle dinero, cuando en realidad le está pagando para que se haga a un lado. No hay comunicación entre ellos. Según Jürgen Habermas, cuando la comunicación se reduce a cero, comienza la violencia⁴².

Tenemos entonces un estado de violencia producto de un caótico entramado de capitales en juego que han derribado los límites verticales de los *campos* y se interfieren de manera horizontal. Esa lucha de intereses, conciente o inconciente, copa todos los espacios de vida urbanos. El asaltante de la esquina, que encuentra resistencia al atraco, responde con puñaladas en la más cruda y extrema reacción a esa interferencia de intereses. El guardia de seguridad, que dispara a la primera sombra de peligro,

⁴¹ El antropólogo mexicano Néstor García Canclini encuentra que este planteamiento de Bourdieu afecta el estudio de las especificidades de cada campo al proponer que en todos la lucha por el poder determina su estructura. Un mayor despliegue se encuentra en la *Introducción* a la edición en español de *Sociología y cultura*.

⁴² Habermas, Jürgen. *Teoría de la acción comunicativa*, Cátedra, Madrid, 1997.

representa el reverso de la misma situación. Ambos reaccionan con violencia contra un *otro*, al que consideran su opositor aunque ni siquiera lo conocen y tampoco tienen un *campo* en común que los vincule. El taxista que se niega a llevar de noche a dos negros porque los considera sospechosos, el portero del bar que registra a la entrada a los asistentes en busca de armas, el dueño de casa que la recubre de muros y alarmas, el estudiante que sólo lleva en su mochila lo necesario porque teme que le roben en el bus..., todos ellos están poniendo en práctica una estrategia para habitar la ciudad, o lo que es lo mismo, están ejerciendo su sentido del juego en una ciudad donde la violencia y la inseguridad comienzan a borrarlos, porque uno de los efectos de la violencia social es la pérdida de sentidos, la crisis de significados, que se expresa en el acto mediante el cual un transeúnte se deja matar por evitar que le roben la chaqueta o los zapatos; o lo contrario, la del propietario que promueve la muerte violenta de todos los delincuentes como única solución al problema.

Frente a ese panorama, el habitante urbano genera una reacción. Y aquí entra el otro concepto fundamental de Bourdieu, el *habitus*, que en resumen significa la manera como las personas interiorizan las condiciones externas de existencia y, a partir de ellas, deciden su manera de actuar individual o colectivamente, es decir, su práctica social. Bourdieu también define el *habitus* como un principio generador de respuestas basado en un esquema de percepción, pensamiento y acción, es decir, como una disposición a sentir y actuar de una determinada manera más que de otras⁴³.

Aplicado este concepto a las condiciones de inseguridad y violencia en Quito, podemos decir que las prácticas sociales de los habitantes de esta ciudad están determinadas por

⁴³ Gutiérrez, 1994

la formación de un *habitus*, o lo que es lo mismo, por la puesta en práctica de un sentido del juego, que por lo general se expresa de dos maneras: uno, la apatía generada por la idea de que no se puede hacer nada; y dos, la toma de posición al respecto, acompañada del deseo de cambiar esa situación. Nos interesa esta segunda opción, que a la vez tiene dos caminos: uno, la respuesta igualmente violenta a unas condiciones de vida hostiles; y dos, la búsqueda de nuevos sentidos y de nuevas formas de ser y estar en la ciudad.

Un ejemplo muy claro de lo anotado es el testimonio de Patricio Echeverría, un comerciante quiteño cuya experiencia de miedo circula en *internet*, como cientos de casos más⁴⁴. Lo hemos escogido porque revela precisamente esa pérdida de sentidos, esa crisis de significados, que produce la violencia:

“Tengo un negocio que ha sido asaltado en varias ocasiones. Afortunadamente, los robos no se han consumado gracias al inmenso gasto en protección electrónica que me he visto forzado a implementar. Lo pasmoso del caso es que la gente honrada de Quito, que parece que cada vez es menos frente a los delincuentes, tengamos que vivir entre rejas o supervigilados con costosos sistemas de protección privada, mientras los ladrones, estafadores y asesinos se pasean libremente por las calles o las instituciones. Pero, ¿a quién echarle la culpa? Seguramente podríamos partir del Gobierno, que está ocupado en hacer los negociados de siempre, en vez de procurar un mínimo de seguridad a la ciudadanía. Pedir un mejor estilo de vida es solo una utopía. Tal vez al Congreso...Difícil, si muchos hampones se refugian entre sus filas amparados por los partidos políticos. Quiero saltarme el Municipio porque todo el mundo conoce ya de la incapacidad suprema del alcalde. Entonces queda la Policía. Bueno, por lo menos ellos tienen una tradición de limitaciones y corrupción, que no se les puede pedir mucho. Además la sugerencia que siempre he recibido de ellos es que si puedo liquidar a algún delincuente, lo haga sin el menor escrúpulo, que ellos se ocuparán del cadáver. No es mala idea en el fondo, pero ¿qué hacemos con los jueces corruptos, con los derechos humanos, que solo existen para los asesinos y todo género de delincuentes, pero

⁴⁴ En el portal de *interactive*, mensualmente aparece un link llamado *clamor ciudadano*, que recoge las experiencias de personas afectadas por la delincuencia. Ver. www.interactive.net.ec

tratándose de un común, silvestre y honrado ciudadano, no los hay?. El Ejército. Bueno, si al final logran ganar alguna batalla, por lo menos en el orden legal, defendiendo a sus corruptos comandantes, como en el caso de los seguros en los aviones de guerra, ¿no sería razonable que esas armas, que nos han costado tanto, por lo menos nos brindaran seguridad interna, ya que por el momento no tenemos que preocuparnos de la externa? Eso sería bastante, ¡ya no podemos pedir más! Y al final, que de una vez por todas nos digan que son incompetentes, que tenemos que volver al lejano oeste y que cada uno se haga justicia por su propia mano, así por lo menos nos preocuparíamos más de nosotros mismos, y en vez de enseñarles a nuestros hijos buenas costumbres, tendríamos que dotarles de armas para su defensa, ¡que patético! Lo cierto es que ante la proverbial indiferencia de las autoridades, este tristemente macabro escenario es el que va llenando los días y las noches de este Quito, al que todos han abandonado”.

El concepto de *habitus*, entendido como el sentido práctico del juego, nos permite entender la reacción del comerciante, su práctica social, como una estrategia para habitar la ciudad. Y esa estrategia depende del sentido que haya construido al respecto. En este caso, difuso y contradictorio, mezcla de indignación e impulso de revancha. La sugerencia de la Policía de que elimine a algún delincuente no le parece mala, pero la desecha porque puede volverse en su contra toda vez que considera a los defensores de los derechos humanos como aliados de los delincuentes. Le atrae la idea de acudir a las autoridades, pero su experiencia le dice que sólo encontrará en ellas incompetencia y corrupción, por lo que también renuncia a esa opción. Finalmente, la posibilidad de verse obligado a enseñar a usar armas a sus hijos cierra el círculo de su desesperación. Vemos entonces que el miedo del comerciante no obedece exclusivamente a las condiciones objetivas de inseguridad, que le han obligado a gastar dinero en sistemas de alarma, sino también a la imposibilidad de encontrar un sentido que avale su existencia en esta ciudad. El miedo es la primera reacción de los seres humanos frente al extravío y además la emoción más atentatoria contra la capacidad de raciocinio.

4.2. Una crisis de sentidos

Hace pocas semanas, un periodista amigo mío fue asaltado al salir de una fiesta a medianoche porque tomó la mala decisión de bajarse del carro a comprar una gaseosa en un *delicatessen* de La Mariscal. Al contarme su experiencia de miedo, me dijo:

“No me duele tanto el hecho de que me hayan robado y golpeado; lo que me molesta de verdad es comprobar que siempre he estado engañado al pensar que podía cuidarme solo. Yo he estado en ciudades más violentas que Quito y nunca me había pasado algo así; imagínate, ahora ya no sé cómo actuar; hasta mi autoestima se ha venido abajo...”

Evidentemente, estamos ante un caso donde se ha perdido el sentido de ciudad, donde el afectado tiene que recomponer su estrategia, donde el *habitus* que lo alentaba a caminar seguro por las calles ha cambiado, y esa seguridad se ha tornado en miedo. Mi amigo tardará algún tiempo en recomponer su estrategia para habitar la ciudad. Otros ya lo hicieron, y de la manera más radical, interviniendo directamente en la lucha contra la delincuencia y proclamando un discurso de combate, como el caso de Luis Yané, un empresario del barrio La Mariscal, cuyo testimonio reproducimos aquí⁴⁵:

“A veces es bueno, y hace muy bien, que a fuerza de lucha interna y externa vamos viendo que en la zona donde vivo, y donde tengo mi negocio, vamos de a poco consiguiendo resultados con la ‘Operación rastrillo’. Son años de lucha para combatir la delincuencia, la drogadicción y la prostitución del sector de la Mariscal en Quito. La gente habla de los derechos humanos, pero, ¿qué derechos tienen aquellos que venden drogas, roban o prostituyen? Creo que a nuestras familias hay que protegerlas, aún cuando la Policía nos dice que no hay nada que hacer. Los empresarios y vecinos de

⁴⁵ Recogemos su testimonio en *internet*, pues el diálogo personal con el empresario se pospuso en repetidas ocasiones por su falta de tiempo hasta que finalmente decidió no hablar del tema.

este sector nos dispusimos a ayudar a los oficiales para erradicar este mal de la vecindad, y aquí hay que resaltar la gran colaboración y empeño de la ‘Operación Rastrillo’ entre oficiales de Policía y moradores...”

La *operación rastrillo* consiste en patrullajes conjuntos entre policías y civiles bajo un principio de alianza y colaboración. Los uniformados tienen en sus oficinas unos listados con los nombres y los números telefónicos de los civiles dispuestos a colaborar en la cruzada contra la delincuencia, y acuden a ellos cada vez que los necesitan. Por su parte, los civiles se comprometen a responder al llamado, con lo cual el cerco a la delincuencia se refuerza en su capacidad represiva. Generalmente los operativos son nocturnos y concluyen con el interrogatorio o detención de personas sospechosas. La tendencia es clara, los ciudadanos, con la justificación de la inseguridad reinante, comienzan a convertirse en policías o en informantes.

4.3. En busca de la ciudad perdida

Una de las películas más crudas sobre violencia y marginalidad urbanas que ha producido el cine latinoamericano es, sin duda, *Ciudad de Dios*⁴⁶, del brasileño Fernando Meirelles, basada en las memorias de adolescencia de un fotógrafo de crónica roja, disidente de una pandilla dedicada al crimen y tráfico de drogas. La película reproduce la atmósfera violenta de las *favelas* de Río de Janeiro en los años 70, especialmente de una, llamada *Ciudad de Dios*, escenario paradigmático del *sinsentido* contemporáneo, donde la cadena de muertes, torturas y violaciones constituyen la negación de la ciudad como espacio habitable. El director maximiza el efecto de su

⁴⁶ Título original en portugués, *Cidade de Deus*, año 2002. Esta película se suma a una ya fundada tradición cinematográfica latinoamericana acerca de la marginalidad y la violencia urbanas, como *La vendedora de Rosas* (Víctor Gaviria, 1998), *La Virgen de los Sicarios* (Barbet Schroeder, 1999, basada en la novela del mismo nombre del colombiano Fernando Vallejo), entre otras.

narrativa mediante el uso de una azulada sicología del color y una técnica de *videoclip*, reiterativa, vertiginosa y ruidosa, cuyas escenas duelen, pero no como un dolor natural ante la contemplación de la violencia, sino como un ahogamiento ante la ausencia de sentidos, ante esa marea amorfa, decadente y fatal en la que se sumergen los personajes, y donde apenas parece fluir un resquicio de vida. El personaje central se salva porque encuentra un sentido en medio de tanta confusión.

La negación de la ciudad como espacio habitable, el lugar donde se vive pero al que no se pertenece, la ruptura entre el ser humano y su entorno, son quizá las representaciones más claras que se forman los habitantes urbanos ante la percepción de ese estado de violencia e inseguridad que los rodea. El comunicólogo Jesús Martín-Barbero, al referirse a la violencia que rige en las urbes latinoamericanas, dice que ésta no sólo se expresa en los atracos o asesinatos diarios, sino también en la angustia cultural de sus habitantes, pues cuando las personas ocupan un lugar al que lo consideran extraño, en el que habitan sólo por una fatalidad del destino, se sienten inseguras, y esa inseguridad – dice Martín-Barbero- vuelve agresivas incluso a las personas más pacíficas⁴⁷. Se trata – continúa el comunicólogo- no de asesinatos en la ciudad sino de asesinatos de la ciudad, porque ésta muere cuando pierde su memoria, cuando a la gente le roban los referentes. Y con ello deja abiertas algunas preguntas: ¿dónde se encuentran los otros sentidos?, ¿quiénes los construyen?, ¿quiénes los descubren?, ¿sirven para recuperar la condición habitable de la ciudad?

Hay que buscarlos en el inmenso flujo de información que es la ciudad por sí misma. Existen personas e instituciones que se dedican a buscar nuevas formas de estar juntos,

⁴⁷ Ver: Martín-Barbero, Jesús. *La ciudad: entre medios y miedos* (en Rotker, Susana, ed, *Ciudadanía del miedo*, Editorial Nueva Sociedad, Caracas, 2000)

de reconocerse unos a otros, de recuperar la condición humana del *otro*, ahí donde nadie atina una respuesta. Los grupos de derechos humanos, los ecologistas, las organizaciones juveniles, de mujeres, de comercio solidario, los artistas de la calle, ciertos periodistas, y otros, intentan recomponer simbólicamente la ciudad. Vamos a tomar como ejemplo de ello a un grupo de fotógrafos juveniles del Programa del Muchacho Trabajador (PMT) del Banco Central, y su experiencia de reconocimiento del centro histórico de Quito⁴⁸.

Son 11 chicos provenientes de sectores populares y colegios públicos, con cero instrucción en el manejo de cámaras y menor conocimiento todavía del centro histórico, o más bien, con un conocimiento de segunda mano basado en el relato cotidiano de que allí roban y de noche más vale no acercarse por esas calles. Son jóvenes que rondan los 17 años, que crecieron en la época de los celulares y el *hip-hop*, que parecen estar a una distancia infinita de adentrarse en la iconografía religiosa, histórica, cultural, social, etc., del centro de la ciudad. Pero hacia allá fueron, y después de varias salidas, reunieron material suficiente para montar una exposición en el Municipio. Las fotos son un reconocimiento del espacio urbano, pero sobre todo, un reconocimiento del *otro*, de su forma de estar en el mundo, con esa parsimonia con la que un anciano alimenta a las palomas en San Francisco (captada por Fabricio Reyes), o la franqueza con la que un mendigo proclama mediante un letrero “*no vivo de la gente, sino de Dios*” (en la imagen de Byron Loachamín), o el último aliento de un transeúnte arrimado de cansancio en esquina cuyo letrero señala “*Cuesta del suspiro*” (de Tania Villarreal). Y así, 80 fotos, cada una recuperadora de un sentido de ciudad.

⁴⁸ En el taller participaron 70 jóvenes, 11 de los cuales realizaron hace poco una exposición llamada *Quito, patrimonio y su gente*, a propósito de los 25 años de la declaración de la ciudad como Patrimonio Cultural de la Humanidad. El taller incluye dos etapas: en la primera reciben formación en valores y en la segunda los coceptos y la técnica fotográfica.

Esa relación de extrañeza, de exterioridad, que la mayoría tenía con el centro histórico, cambió por el de pertenencia. Como dice Tania Villarreal:

“Aprender fotografía para mí fue un despertar de mis sentidos, no sólo de la vista, sino del oído, del olfato, del tacto. A mí nunca me gustó el centro histórico, por toda esa mala onda de que te pueden robar, etc. Pero ahora puedo fijarme mejor en esos espacios, reconocer a la gente. Ahora sé por qué hay cosas que no me gustan, pero también sé por qué la historia está allí y no sólo en los museos. Antes me aterraba la idea de ir a comer en el Mercado Central, pero ahora me encanta. Cierto que Quito, además de ser una ciudad hermosa, es una ciudad terrible, y yo no me acostumbro a esa ciudad terrible, de la que también me siento responsable...”

O ese encuentro reivindicador con la historia que experimentó Víctor Martínez:

“Hacer fotografía me hizo ver que nuestra vida está llena de imágenes, desde la que te da la publicidad hasta la que vemos en las calles o nos hacemos en la cabeza. O sea, todos nos orientamos por imágenes, unos más que otros. La imagen que yo tenía de Quito era de una metrópoli con exceso de autos, de contaminación y de ladrones, y que ser quiteño era pelearse con todo eso, con los buseros, con los chapas.... Pero hay otra ciudad de la que uno tiene que adueñarse, apropiarse de un legado histórico, saber que allí está el trabajo de nuestros tata-tata-tatarabuelos...”

No hay en estas experiencias juveniles discursos positivistas de esos que enseñan simplonamente a ver las cosas buenas y niegan con ello cualquier desarrollo del espíritu crítico. Lo que se nota es una voluntad de inclusión y apropiamiento respecto a la ciudad, una manera artística y civil de superar la ruptura entre el habitante y su entorno y de establecer una nueva relación con el *otro*. Se rompe así la dicotomía entre un *ellos* y un *nosotros* y, en su lugar, aparece un *nosotros* más grande donde hay más

posibilidades de reconocerse, con lo cual el estatuto ciudadano sale beneficiado al contar con habitantes que encuentran sentidos donde parece que la mayoría los ha perdido.

CONCLUSIONES

Lo que exponemos a continuación tiene el nombre de *conclusiones* por puro formalismo, mas no porque creamos, ni remotamente, en la posibilidad de ofrecer una última palabra acerca de cualquier aspecto de la realidad social. Más bien nos alineamos en la creencia de que es necesario aprender a pensar circunstancialmente como punto de partida para llegar a la especificidad histórica de los acontecimientos.

Esta tesis partió de dos preguntas básicas: ¿De qué manera las condiciones de inseguridad en Quito producen una serie de relatos cuyo efecto en la sicología colectiva es el miedo? y ¿En qué medida estos relatos avalan políticas represivas en lugar de políticas sociales? En el transcurso de la investigación surgieron nuevas interrogantes que se sumaron al sentido de las primeras y aumentaron la dificultad de hallarles respuestas definitivas. De manera que aquí no ofrecemos *conclusiones* que cierren el debate, más bien planteamos algunas categorías de análisis que esperamos nos sirvan para seguir explorando y nos ayuden a comprender mejor la evolución de ese estado de cosas que, por ahora, tiene en el miedo al principal generador de actitudes entre los habitantes de esta ciudad. Proponemos entonces: 1) Reconocer la dimensión política de la violencia, y 2) Desmontar el esquema de organización maniqueísta del mundo basado en el lugar común de la lucha del bien contra el mal.

1: La dimensión política de la violencia

Decía Walter Benjamin, poco antes de la Segunda Guerra Mundial, que una de las razones por las cuales el fascismo cobraba fuerza entonces era que, con la excusa del

progreso, se presentaba como si fuera una necesidad histórica. Esto tiene relación directa con el planteamiento del propio Benjamin de que la violencia es el elemento principal de todas las relaciones de derecho ya sea como violencia fundadora o conservadora⁴⁹. Queda con ello definido el papel del Estado y sus fuerzas represivas en el combate de todo aquello que se consideraba atentatorio contra el orden y el progreso.

Ahora bien, es larga la tradición de gobiernos totalitarios y dictaduras que han logrado capitalizar el miedo hacia personas o sectores sociales supuestamente desestabilizadores de ese orden, para asegurarse con ello el monopolio de la violencia bajo el argumento de ejercerla de manera legítima y necesaria, es decir, la violencia como medio instrumental del Derecho. Pero existe la otra violencia, la que se experimenta en las calles mediante robos asesinatos y violaciones, y ante la cual cada quien elabora una estrategia de defensa y un modo de habitar la ciudad. Esa tiene su origen precisamente en la crisis del Estado en su concepción liberal moderna de garante de la paz y el progreso. Una crisis (estructural, institucional y circunstancial) que provoca en el habitante urbano una sensación de incertidumbre, por lo tanto, una pulsión defensiva, una estrategia de sobrevivencia, que se manifiesta de variadas formas, desde el robo a mano armada, la contratación de seguridad privada, hasta la ejecución de la justicia por mano propia, es decir, la violencia como demanda social de derechos, como grito de auxilio ante la pérdida de confianza en un modo de organización social en crisis.

Entender la dimensión política de la violencia nos ofrece la posibilidad de pensar en soluciones más allá de la represión armada del delito, porque nuestra sociedad vive un estado latente de violencia social, y la delincuencia es sólo un efecto de esa situación.

⁴⁹ Benjamín, 1998 (obra citada en el capítulo 1)

2. El bien contra el mal, la ceguera del lugar común

En los seres humanos, junto con el instinto de sobrevivencia, se desarrolla también el impulso cognitivo, el deseo preconciente de nominar el mundo, de convertir la palabra en instrumento de apoyo para aventurarse en el acertijo de la existencia. Sin palabras ni conceptos que expliquen la realidad, ésta se vuelve inaccesible, incomprensible, misteriosa. La palabra, en la concepción antropológica, resume el viaje del ser humano de la naturaleza a la cultura. Este logro del lenguaje ofrece la certeza no sólo de ser y de estar, sino también de comprender nuestra situación en el mundo, por ejemplo, cuando traza la línea entre lo real y lo imaginario, o también cuando la borra.

Mediante la palabra y los conceptos los seres humanos podemos jugar a la metamorfosis de nuestras vidas, a su continua mutabilidad y riesgo, aunque siempre perdura el deseo de volver a las certezas, de organizarlo todo de manera esquemática y segura. Y allí aparece el lugar común. El escritor venezolano Víctor Bravo dice que el lugar común es una estructura endurecida, una piedra en el fluir del lenguaje y del pensamiento, o sea el encuentro con lo previsible⁵⁰.

El lugar común cierra el paso a otras formas de exploración y conocimiento de la realidad. El pariente cercano del lugar común es el prejuicio, que enceguece la mirada e impide ver más allá de la organización binaria y maniqueísta del mundo: vida-muerte, real-irreal, masculino-femenino, bueno-malo. Nos interesa sobre todo este último binarismo, porque en el estado de violencia social de las ciudades contemporáneas es uno de los que cobran mayor vigencia en el intento desesperado de las personas de

⁵⁰ Bravo, 1999 (obra citada en el capítulo 2)

nominar al mundo para comprenderlo y adecuar una estrategia para habitarlo. La palabra, transformada en lugar común (que prolifera en el discurso mediático, oficial, cotidiano, etc.), sirve también para nominar al *otro*, para otorgarle desde nuestra posición, vale decir, desde nuestro prejuicio, una forma de ser y de estar, basada en la falsa organización del mundo entre buenos y malos.

En el caso que nos ocupa, el lugar común funciona como disparador de prejuicios. Veamos: *el delincuente no roba por necesidad sino por maldad*; o este: *los extranjeros son los culpables de la inseguridad*; o también: *los grupos de derechos humanos sólo defienden a delincuentes*, o uno de los más usados: *demos apoyo a la Policía y mano dura a la delincuencia*, entre otros. La ceguera del lugar común también es una fuente de violencia.

BIBLIOGRAFÍA

- Arancibia, Juan. *Acerca de decir, informar y objetivar* (en Ossa, Carlos, comp. *La pantalla delirante*, LOM Ediciones, Santiago, 1999)
- Arcos, Carlos; Carrión, Fernando; Palomeque, Edison. *Informe Ecuador, seguridad ciudadana y violencia*, FLACSO, Quito, 2003.
- Benítez, Milton. *Peregrinos y vagabundos: la cultura política de la violencia*, Quito, Abya-Yala, 2002.
- Benjamín, Walter. *Para una crítica de la violencia y otros ensayos*, Taurus, Madrid, 1998.
- Bourdieu, Pierre. *Sociología y cultura*, Grijalbo, México, 1990.
- Bourdieu, Pierre. *El sentido práctico*, Taurus, Madrid, 1991.
- Bravo, Víctor. *Terrores de fin de milenio: del orden de la utopía a las representaciones del caos*, El libro de arena, Mérida, 1999.
- Carrión, Fernando. *Gobierno de la ciudad y comunicación* (en Carrión, Fernando; Wollrad, Dörte. *La ciudad, escenario de comunicación*, FLACSO, PLM, FES, Quito, 1999)
- Cortés, José Miguel. *Orden y caos, un estudio sobre lo monstruoso en el arte*, Anagrama, Barcelona, 1997.
- Duque, José. *Un pequeño error* (en Rotker Susana. ed. *Ciudadanía del miedo*, Nueva Sociedad, Caracas, 2000)
- Enzensberger, Hans. *Política y delito*, Seix Barral, Barcelona, 1968.
- Escalante, Fernando. *La política del terror: apuntes para una teoría del terrorismo*, Fondo de Cultura Económica de México, México, 1991.
- Febres Cordero, Francisco. *La Mariscal, la inocencia perdida*, Edimpres, Quito, 1998.
- Ford, Aníbal. *La marca de la bestia: identificación, desigualdades e infoentretenimiento en la sociedad contemporánea*, Norma, Bogotá, 1999.
- Foucault, Michel. *Las mallas del poder* (en *Estética, ética y hermenéutica*, paidós, Barcelona-Buenos Aires-México, 1999)
- Foucault, Michel. *Vigilar y castigar: el nacimiento de la prisión*, Siglo veintiuno editores, Madrid, 1994.

- Foucault, Michel. *La genealogía del racismo, de la guerra de las razas al racismo de Estado*, Trotta, Madrid, 1998.
- García Canclini, Néstor. *Introducción a la sociología de la cultura de Pierre Bourdieu* (en Bordieau, Pierre. *Sociología y cultura*, Grijalbo, México, 1990)
- Goffman, Erving. *Internados: ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1983.
- Gutiérrez, Alicia. *Pierre Bourdieu: las prácticas sociales*, Centro editor de América Latina, Buenos Aires, 1994.
- Habermas, Jürgen. *Teoría de la acción comunicativa*, Cátedra, Madrid, 1997.
- Izzi, Massimo. *Diccionario ilustrado de los monstruos*, Alejandría, Palma de Mallorca, 1996.
- Kennedy, Alexandra. *Arte de la Real Audiencia de Quito, siglos XVII-XIX*, Editorial Nerea, Madrid, 2002.
- Lafuente, Antonio; Valverde Nuria. *¿Qué se puede hacer con los monstruos?* (en Biblioteca Nacional. *Monstruos y seres imaginarios*, Ministerio de Educación y Cultura, Madrid, 2000)
- Martín-Barbero, Jesús. *La ciudad entre medios y miedos* (en Rotker, Susana. ed. *Ciudadanía del miedo*, Nueva Sociedad, Caracas, 2000)
- Martín-Barbero, Jesús. *De los medios a las mediaciones: comunicación, cultura y hegemonía*. G.G.MassMedia, Barcelona, 1987.
- Monsiváis, Carlos. *Ciudadanía y violencia urbana: pesadillas al aire libre* (en Rotker Susana. ed. *Ciudadanía del miedo*, Nueva Sociedad, Caracas, 2000)
- Moraña, Mabel (ed). *Espacio urbano, comunicación y violencia en América Latina*, Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana de la Universidad de Pittsburg, Pittsburg, 2002.
- Moreano, Alejandro. *El Apocalipsis perpetuo*, Planeta, Quito, 2002.
- Navia, José. *Ciudad Bolívar: pinceladas contra la muerte* (en Rotker Susana. ed. *Ciudadanía del miedo*, Nueva Sociedad, Caracas, 2000)
- Ortega, Alicia. *La representación de Quito en su literatura actual* (en Moraña, Mabel, ed. *Espacio urbano, comunicación y violencia en América Latina*, Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana de la Universidad de Pittsburg, Pittsburg, 2002)
- Ortiz, Renato. *Modernidad y espacio, Benjamín en París*. Norma, Bogotá, 2000.

- Oviedo, Ramiro. *Henry Michaux, la infancia perpetua y el viaje a la utopía* (en *Eskeletra, revista de creación literaria*, Eskeletra editorial, Quito, 2003)
- Rama, Angel. *La ciudad letrada*, Arca, Montevideo, 1998.
- Reguillo, Rossana. *Imaginarios globales, miedos locales: la construcción social del miedo en la ciudad*. Ponencia para el IV Encuentro de la ALAIC, Recife, 1998.
- Reguillo, Rossana. *¿Guerreros o ciudadanos? Una cartografía de las interacciones urbanas* (en Moraña, Mabel, ed. *Espacio urbano, comunicación y violencia en América Latina*, Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana de la Universidad de Pittsburg, Pittsburg, 2002)
- Rotker, Susana. *Nosotros somos los otros* (en Rotker Susana. ed. *Ciudadanía del miedo*, Nueva Sociedad, Caracas, 2000)
- Rousseau, Jean Jacques. *El contrato social* (sin sello editorial ni año)
- Ruales, Huilo. *Fetichismo y fantoche*, Edipuce, Quito, 1993.
- Ruales, Huilo. *Historias de la ciudad prohibida*. Antares, Quito, 1997.
- Salcedo, Alberto. *La víctima del paseo* (en Rotker Susana. ed. *Ciudadanía del miedo*, Nueva Sociedad, Caracas, 2000)
- Silva, Armando. *Imaginarios urbanos. Bogotá, Sao Paulo: cultura y comunicación urbana en América Latina*, Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1992.
- Sodré, Muñiz. *Sociedad, cultura y violencia*, Norma, Bogotá, 2001.
- Taussig, Michael. *Un gigante en convulsiones: el mundo humano como sistema nervioso en emergencia permanente*, Gedisa, Barcelona, 1995.
- Thompson, John. *Los media y la modernidad: una teoría de los medios de comunicación*. Paidós, Barcelona-Buenos Aires-México, 1998.
- Vallejo, Fernando. *La virgen de los sicarios*, Alfaguara, Bogotá, 1998.
- Van Dijk, Teun. *La noticia como discurso, comprensión, estructura y producción de la información*, Paidós, Barcelona, 1990.
- Wolfe, Tom. *La hoguera de las vanidades*, Anagrama, Barcelona, 1992.
- Wollrad, Dörte. Ciudad, espacio público y comunicación (en Carrión, Fernando; Wollrad, Dörte. *La ciudad, escenario de comunicación*, FLACSO, PLM, FES, Quito, 1999)

OTRAS FUENTES

Instituciones

Policía Nacional del Ecuador: Comando Distrital de Quito; P.J. de Pichincha; Jefatura de Tránsito de Pichincha.

Instituto Nacional de Estadística y Censos (INEC): Sexto censo de población y quinto de vivienda.

Comisión Cívica de Control de la Corrupción (CCCC)

Departamento de Comunicación Social del Municipio Metropolitano de Quito

Programa del Muchacho Trabajador (PMT) del Banco Central.

Publicaciones periódicas

A veces los ‘ojos de águila’ no ven. Ultimas Noticias, Quito, 30 de julio de 2002.

La sociedad civil exige cuentas. El Comercio, Quito, 15 de diciembre de 2002.

¿Complot para matar al Presidente? El Comercio, Quito, 11 de abril de 2003

La denuncia del complot con vacíos. El Comercio, Quito, 13 de abril de 2003

250 policías para cuidar a Gutiérrez. El Comercio, Quito, 13 de abril de 2003

‘La seguridad es muy relevante como para dejarla a la Policía’. El Comercio, Quito, 18 de mayo de 2003.

Los vecinos de San Blas se unieron contra la delincuencia. El Comercio, Quito, 4 de junio de 2003.

La Marín busca seguridad. El Comercio, Quito, 7 de julio de 2003.

La familia Guerrero, desolada por la violencia. El Comercio, 21 de julio de 2003

La noche en un burdel cobró la vida de dos personas. El Comercio, 28 de julio de 2003

Las alarmas comunitarias organizan a la gente del sur. El Comercio, Quito, 29 de julio de 2003.

La Policía enseña a los niños cómo defenderse. El Comercio, Quito, 6 de agosto de 2003

El barrio Baker II quiere cerrar cercar su perímetro. El Comercio, Quito, 7 de agosto de 2003.

Quito se volvió más insegura y violenta. El Comercio, Quito, 24 de agosto de 2003.

'La seguridad, responsabilidad de los alcaldes'. El Comercio, Quito, 5 de septiembre de 2003.

Los barrios se amurallan por el miedo. El Comercio, Quito, 19 de septiembre de 2003

Sistema de vigilancia casero. HOY, Quito, 31 de agosto de 2003.

Ponce, Javier. *El falso rostro de la inseguridad.* Editorial. El Universo, Guayaquil, 11 de diciembre de 2001.